

GFS-180-B

Se necesita un corazón en buen uso
(mecanografiado)

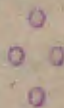
SE NECESITA UN CORAZON EN BUEN USO.

Comedia en tres actos de ANDRES
BIRABEAU. Adaptación de GUILLERMO
FERNANDEZ SHAW.

Guillermo Fernández Shaw.

SE NECESITA UN CORAZON EN BUEN USO

ACTO PRIMERO.



CARLOS MANUEL FERNÁNDEZ-SHAW

P E R S O N A J E S

=====

PEDRO LEVERDON, 30 años. Detective. (El ojo avizor)

MAXIMO MARTUBY, 45 años. Doctor. (La ceja enarcada).

GODOFREDO GARDON, 55 años. Banquero. (Las espaldas anchas).

GUILLERMO HAMILTON, 48 años. Marchante de cuadros.
(El mentón volenteroso).

CARLOS DRAC, 22 años. (El pelo engomado).

EL CARTERO, 35 años. (Los pies ingrátidos).

ELENA CANTEL, 22 años. (La lengua suelta).

PATRICIA CAPELAN, 30 años. (Los dientes afilados)

MARGARITA MARTUBY, 30 años. (La boca abierta).

ANA BLAKE, 60 años. (El oído atento).

=====

La acción transcurre en una "villa" del Canadá, durante un solo día, entre las tres de la tarde y las diez de la noche. Los personajes pueden conservar en los tres actos sus respectivos trajes, -que han de ser de campo o deporte,-... a menos que las señoras prefieren, (¡allá ellas!), cambiar de "toilette".

=====

ACTO TERCERO

El "hall" de una "villa" canadiense. Al fondo, una gran puerta vidriera, practicable, al través de cuyos cristales se ve un jardín con altos árboles. A la izquierda, amplia puerta, que comunica con el comedor. En el muro del fondo y en su extremo derecho, puertecita que da a un vestíbulo. En primer término de la derecha, algunos escalones flanqueados por barandillas de madera, que conducen a un breve rellano, de donde se supone que arranca la escalera de la casa. Adosada a una pared, una caja de caudales, que parece un viejo bargueño.

Claridad de una tarde de verano.

(Al levantarse el telón, NAR-
(TUBY, MARGARITA, ANA; GODO-
(FREDO, GUILLERMO, CARLOS,
(ELENA, y PATRICIA, -todos con
(trajes de campo o deporte, -
(unos de pie y otros sentados,
(rodean a LEVERDON. Este tie-
(ne en la mano izquierda un

('carnet', en el que acaba
(de anotar algo.

LEVERDON.-

(Mirando sus notas)

Bien, bien...

(Levanta la cabeza.)

Les agradezco, señoras, la buena voluntad conque han querido responderme...

ELVNA.-

(Con ligera ironía)

Cada uno ha de cumplir con su deber.

LEVER.-

(Sonriendo)

Sí; pero es un deber que se cumple un poco a la fuerza. Y yo lo ejerzo siempre contra alguien, cuando no contra todo el mundo.

NARTUBY.-

(Quitándole importancia)

¡Oh, no!

LEVER.-

Indudable. A nosotros se nos llama siempre con algo de terror. Los detectives somos como los bomberos: salvamos la casa; pero a costa de destrozar, -o de desconchar!,- los muebles. Ahora, si quieren seguir ayudándome...

(Ruidos afirmativos en los
circunstantes.)

Gracias, señoras. Antes...

(Mirando a Elena)

acaso me distraje.

(Abre de nuevo su carnet)

Comprobemos primero nombres y caras.

(Ya en tono enérgico)

¡La víctima!

NARTU.- Yo, señor.

LEVER.- O sea, el demandante.

NARTU.- Exacto. Máximo Nartuby.

LEVER.- Olvidé preguntarle su profesión.

NARTU.- Doctor en Medicina.

LEVER.- (Después de apuntarlo)

La señora Nartuby, su esposa.

(Mira a Margarita y ésta son-
ríe.

Y Ana Blake, su doncella...

ANA.- (Tenerosa)

Eso es, señor detective.

LEVER.- Después, los invitados. Rectifiquen si
no equivoco.

(Va volviéndose sucesivamen-
te hacia cada uno de ellos.

El señor Godofredo Garden.

GODFREDO.- (Con dignidad)

Banquero.

LEVER.- Gracias. El señor Guillermo Hamilton...

GUILLERMO.- ¿Debe también decir mi profesión?

LEVER.- No hace falta: marchante de cuadros. Lo conozco.

GUILL.- ¡Oh!

LEVER.- Mi obligación es conocer a las personas más importantes del país. Más tarde o más temprano hay que ocuparse de ellas...

(Corrigiéndose amablemente)

¡en calidad de víctimas, por supuesto!

Tuve en Montreal un amigo, que me hablaba mucho de usted. Le interesaban a usted sus lienzos: Jorge Bear.

GUILL.- Le compré toda su producción. ¡Pobre diablo! Murió el año último!

LEVER.- Sí; de hambre.

(Vuelve a su carnet. Guillermo le mira de soslayo. Patricia sonríe.)

Continuemos. El señor Drac...

CARLOS.-

(Superficial)

Parado.

PATRICIA.-

(Riendo)

¡Carlitos, por Dios!

CARLOS.- Es la palabra justa: el que no tiene todavía la plaza que espera.

ELENA.- ¡Pero, Carlitos!... Es parado el que ha trabajado y aguarda un nuevo trabajo fatigoso. ¡Y ese no será nunca tu caso!.

CARLOS.- (A Guillermo)

No la crean. Yo soy capaz de sudar, incluso para ganarme la vida.

(A Elena)

Y, si no soy parado, ¿qué soy yo?

LEVEN.- (Sonriendo y anotando)

Pongamos... sin profesión.

(Continúa)

Señora Patricia Capelán...

ELENA.- (A Patricia)

Dile también tu oficio.

PATRI.- ¿El mío? ¿Estás loca?

ELENA.- No. Todo el mundo tiene un oficio, una obligación... La de las mujeres es casarse. Somos solteras, esposas o madres de familia como los hombres son doctores, banqueros o... marchantes de cuadros.

CARLOS.- ¡Estupendo! Y las solteronas son... ¡paradas!.

(Ríe de su propia agudeza)

PATRI.- Entonces...

(A Leverdon)

ponga usted 'divorciada'.

(A Elena, con encantadora son-
(risa viperina.

Pero que apes, guape, que no me molesta decirlo.

ELENA.-

(Con sonrisa análoga)

Ya lo sé, encanto. Y hasta te gustará repetirlo... cuando te hayas vuelto a casar.

LEVER.-

¡Bien!

(Repetiendo el carnet)

Ya tengo todo.

ELENA.-

¿Todo? Se olvida de mí...

LEVER.-

Nunca. Pero con usted no corro el riesgo de equivocarme.

ELENA.-

¿Por qué?

LEVER.-

Porque leo las revistas y veo sus fotos. 'Elena Cantel en el Golf... Elena Cantel sobre su caballo favorito... Una sugestiva "toilette" de Elena Cantel en el baile de trajes del Casino'...

PATRI.-

¡Es una mina para los fotógrafos!

ELENA.-

¿Supones que los pague para que me retra-

ten?

PATRI.- Pues, por falta de dinero, no será...

LEVER.- ¿También divorciada?

ELENA.- No.

MATRI.- No ha tenido tiempo: se murió su marido en la luna de miel.

ELENA.- (Con sonrisa forzada)

No crea que mi amigo se enseña. Nos divertimos las dos con un poco de esgrima de florote.

LEVER.- ¡Muy divertido!

(A Martu)

Si no me engañó, señor, esto es lo que pudiésemos llamar una "partida de pesca".

MARTU.- Exacto. Varios amigos míos tienen hotelitos como éste en los bosques del Canadá. ¡En tan agradable descansar unas horas, lejos del cuidado de los negocios, de la fiebre de la ciudad! Unos centenares de kilómetros en auto y... ¡estamos en el verdadero Paraíso! El silencio... la soledad completa... Una semana a orillas del río... y no es preciso más. Yo

cuelo invitar a algunos amigos; porque cuando digo "soledad"...

LEVER.- ¡Naturalmente! Se trata de la soledad de Dios.

NARTU.- La casa es la que debe de estar sola; pero nunca nosotros solos dentro de la casa.

LEVER.- Comprendido: no hay que exagerar. Pero usted no dice: "algunos amigos". ¿Son amigos de usted todos sus invitados?

NARTU.- Salvo Elena, que es mi cuñada.

MARGARITA.- Cené con mi pobre hermano.

LEVER.- Perdón.

(Disculpándose)

Procure enterarme de todo, para pisar con firmeza. Ya no me falta más que trabajar. ¿Comenzamos?

NARTU.- ¿El qué?

LEVER.- Lo que usted, previamente, ha aceptado. Quedamos en que el descubrimiento fue alrededor de las diez de la noche. ¿No es así?

NARTU.- Así es.

LEVER.- Y, merced a sus indicaciones, hemos podido saber las personas que, sucesivamente,

desde las nueve, pasaron por este "hall".
Vamos a reconstituir esa hora.

(A Ana)

¿Lo parece?

ANA.-

(A Margarita)

No sé lo que quiere, señora.

MARGA.-

El señor Jansen que reproduzcamos todos
ante él lo que hicimos aquí anoche, a
partir de las nueve.

LEVER.-

Reproducción exacta: lo más exacta posible
palabras y ademanes. Confronten entre sí
sus recuerdos; ayudando unos a otros pa-
ra que las escenas de hoy por la tarde
sean iguales a las de ayer por la noche.

(A Ana)

¿Quiere usted colocarse donde estuviera
a las nueve?

CARLOS.-

¿Por dónde se empieza?

LEVER.-

(Consultando su carnet)

Por el momento en que Ana acaba de char-
lar con el cartero. ¿Vamos? Una vez más,
señores, les suplico perdón y les doy
las gracias.

(Comienzan a salir los invi-

(Todos por la izquierda hacia
el comedor.)

GODOF.-

(Deteniéndose)

Y, ¿por qué no comenzar, por ejemplo,
a las nueve y media, ya que hasta entonces
la caja de caudales estaba intacta?

LEVER.-

(Amable)

Prefiere las nueve. Si no le molesta...

GODOF.-

(Sin convicción)

¡Oh...! ¡Por mí!...

(Baja a Guillar, c, al salir)

No lo comprendo.

GUILL.-

(Idem)

Querrá lucirse.

(Todos los presentes han sa-
lido menos Ana y Leverdón.)

LEVER.-

Usted, Ana, ¿ha entendido bien, verdad?
Estamos en las nueve de la noche de
ayer. Todo el mundo, menos el señor Nor-
taby, ha llegado a "villa" por la tarde.
Espere un momento.

(Llamando)

¡Señor Nortaby!

(Nadie responde)

ANA.-

(Que está cerca de la puerta
(del comedor.

¡Señor!.

NARTU.-

(Sacando solo la cabeza)

¿Ya?

LEVER.-

Una aclaración previa. ¿Su esposa, conducía personalmente su auto?

NARTU.-

(Entrando, pero sin avanzar
(apenas.

No. Es una ciudadana del Nuevo Mundo excepcional: no sabe conducir.

LEVER.-

Entonces, ¿cómo no esperó para venir con usted?

NARTU.-

Porque era más cómodo hacerlo así. Yo me figuraba, como sucedió, que tendría que hacer en la oficina lo suficiente para no poder llegar aquí antes de la noche. Margarita, como es lógico, quería venir de día para abrir la casa y airearla. Pidió sitio en su coche a Godofredo, que venía con Patricia; y se trajo también a Ana, para la limpieza... Ya usted me entiende.

LEVER.-

Y los demás, llegaron en otro auto...

HARTU.- Guillermo trajo a Carlitos. Pero Elena vino sola en su coche.

LEVER.- ¡Es verdad! Recuerdo la foto: "Elena Gentel en su Roadster Gran Sport". Gracias. No necesito más.

(Nartuby desaparece)

Reanúdenos nosotros.

(A Ana)

Estamos en ayer. Usted llegó, arregló la casa...

ANA.- ¡Lo qué pude! ¡Una casa cerrada durante tres meses!...

LEVER.- Ahora son las nueve de la noche. Todo el mundo está en el comedor, ya de sobremesa. El cartero acaba de pasar. Usted ha charlado unos minutos con él. El cartero le ha entregado el correo y...

ANA.- No, señor.

LEVER.- ¿Cómo que no?

ANA.- No podía traer el correo, porque iba a buscarlo.

LEVER.- ¿Qué venía de hacer?

ANA.- Volvía del reparto. Vió, al pasar, luz en el hotel. Entró a saludarnos, como

siempre; y en busca también de un vaso de vino. Una es obsequiosa, una es sensible a las lisonjas... Pero anoche fué muy corto el ratito, se lo juro... ¡Un día de instalación! Una no estaba para nada.

LEVER.-

(Sonriendo)

Poor para él. Entonces... el cartero se va... Uste le dice "adiós". ¡"Adiós, cartero"! Y él se marcha... Y aquí comenzamos la reconstitución.

(Se recoge en un rincón)

(N O T A: En todas las escenas que los artistas van reconstituyendo, hablan con un tono que no puede llamarse falso; pero que es distinto al natural. El objeto es marcar bien la diferencia entre las frases reconstituidas y las del momento.)

ANA.-

(Representando)

¡"Adiós, cartero!"

(Cierra la puerta vidriera del fondo. CARLITOS que, desde hace un instante esperaba su "entrada", por la puerta entrecabierta del comedor, aparece y representa. Ha dejado

(la puerta de par en par.

CARLOS.- "¿Es el señor?"

ANA.- "No."

CARLOS.- "Homes oído hablar..."

ANA.- "Era el cartero."

CARLOS.- (En voz alta, hacia el comedor.)

"¡No es él, Margarita!"

MARGARITA.- (Dentro)

"¡Cuándo va a llegar ese hombre!"

ANA.- "Perdóneme, señorito Carlos. Aún no llevé el equipaje a su habitación. Tengo el tiempo justo para hacer las camas. Siete personas, ¡y yo sola para todo!"

CARLOS.- "¡Eso no tiene importancia!"

(De pronto, se precipita sobre la mesa, coge unas cuantas revistas y comienza a colocarlas en el suelo, cerca de los escalones.

LEVER.- (Interviniendo)

Perdón, caballero; pero no comprendo lo que hace.

CARLOS.- ¡Muy sencillo! Estaban: aquí, la maleta de Elena; aquí, la sombrerera de Patricia, y aquí, mis sacos de viaje. Mar-

co, con cada revista, su lugar.

LEVER.- Bien. Gracias.

CARLOS.- (Echando al pavimento otra revista.)

Esta es mi maleta grande.

LEVER.- Ya lo veo.

CARLOS.- (Vuelve rápidamente al sitio, cerca de Ana, donde se hallaba y reanuda su escena.)

"¡Eso no tiene importancia!"

ANA.- "Lo subiré enseguida".

CARLOS.- "No es necesario. Lo llevaré yo mismo."

ANA.- "¿De veras? Gracias, señorito Carlos."

(Carlos duda un momento. Va a decirle algo a Ana; pero se arrepiente y le dirige solo una mirada de inteligencia. Va inmediatamente hacia el comedor a punto de que por aquella puerta se le GODOFREDO.)

MARGARITA.- (Dentro)

"¡En el cajón de la mesita, Gardón!"

(Ana se apresura a salir por la puertecita de la derecha del fondo. Godofredo avanza

LEVER.-

(Interrumpiendo la marcha de éste.)

¡Perdón!

(Godofredo se detiene. A Ana)

¿A dónde va usted por ahí?

ANA.- Al office, por el vestibulo.

LEVER.- Bien. Gracias.

(Ana sale. A Godofredo)

Puede seguir.

GODOFREDO.- (Que reanuda su marcha y busca en el cajón indicado.

"Aquí no están las cartas, Margarita".

MARGA.- "¡Pues, dónde las habremos dejado!..."

(Entra, buscando por todas partes.

"Es chocante que las cosas se pierden más en una casa pequeña que en una grande."

(Las encuentra)

"¡Ay! ¡Mirad!" "¡Estaban en el florero!"

CARLOS.- "Una baraja de cartas es como un ramo de rosas: guarda muchas espinas".

MARGA.- "¿Decididamente, no juegas al bridge?"

CARLOS.- "Decididamente."

MARGA.- (Volviendo al comedor)

"Carlitos no quiere saber nada de juego."

(Cierra la puerta)

CARLOS.- (A Godofredo)

"¿Sabe usted, querido amigo, por qué

le huyo al bridge?"

GODOF.- "Me lo supongo: porque no le gusta."

CARLOS.- "¡Me entusiasma! Es que tengo miedo de perder. ¿Y sabe usted por qué me parece terrible perder?"

GODOF.- "Porque es vejatorio."

CARLOS.- "Claro! Pero lo grave no es eso. Es que, si pierdo, tengo que pagar; y, como no soy rico, tendría, por ejemplo, que pedirselo prestado a usted. Y eso es lo molesto."

GODOF.- "Y más molesto, si yo no se lo doy."

CARLOS.- (Riendo a su pesar)

"¡Ay, qué gracioso! ¿De modo que?... Tranquilícese, señor Cardon, que no lo interrumpiré. Es preferible no jugar al bridge."

(Breve pausa)

"Y... si algún día le pidiera algo, sería por una causa verdaderamente seria."

GODOF.- "Entonces, jamás me pedirá usted nada."

(Se aleja de él.)

CARLOS.- (Decepcionado)

"¡Oh!"

(Reponiéndose)

"Era una broma, querido amigo."

(Rie)

GODOF.- "Por si acaso, apreciable pollo."

(Rie también. Hay ahora un
(silencio. Como se prolonga,
(Carlos abre la puerta del
(comedor.

CARLOS.- Patricia, usted entró en este momento.

PATRICIA.- (Dentro)

Perdón.

(Carlos vuelve a cerrar la
(puerta. Bien los dos, como
(antes. Patricia abre la
(puerta y entra.

GODOF.- (Representando)

"¡Ah! Pero, ¿no es usted de la partida?"

PATRI.- "No."

GODOF.- "La felicito".

PATRI.- "Vengo a pedir un cigarrillo a cualquiera de los dos. Elena cree que el supremo "chic" de una mujer consiste en fumar tabaco de carretero. Y Guillermo no fuma: debe de estar enamorado."

CARLOS.- "¿Usted cree que no se fuma cuando se está enamorado?"

PATRI.- "Desde cierta edad, ¡quién lo duda!".

(Toma el cigarrillo que Carlos le ofrece.

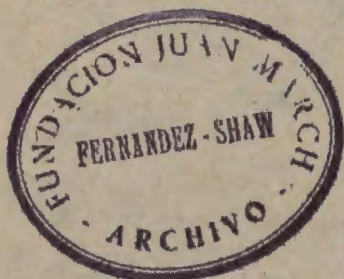
CARLOS.- "¿Qué piensa usted de eso, señor Gordon, con su cigarro siempre en la boca?"

GODOF.- (Haciéndose el distraído)

"¿Qué?"

PATRI.- "No ha oído. Se ha vuelto sordo".

CARLOS.- "O será un sabio."



(Ha cogido dos de las revistas que puso en el suelo y, -cogiendo una en una mano,- se las lleva, como si condujera cosas pesadas, por la escalera. Pero antes dice en voz baja a Leverdón:

Me llevo mis maletas.

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

LEVER.-

(También en voz baja)

Comprendido.

(Carlos desaparece por la escalera. Godofredo, a quien corresponde hablar, se mueve indeciso y contrariado.

GODOF.- "¡Qué hermosa noche! ¿Verdad, señora mía?"

(Patricia le mira con cierta sorpresa. Una pausa.

"¡Qué raro que nuestro amigo Nartuby no haya llegado aún!".

(Patricio vuelve a mirarle; pero no le responde.

"¡Qué...! ¡Qué...!" Lo siento mucho,

Caballero;

(A. Leverdon)

pero no recuerdo nada de lo que dije anoche .

LEVER.- Aunque sea aproximado: "grosso modo".

GODOF.- ¡Imposible!.

LEVER.- ¡Hace tan poco tiempo!...

GODOF.- He perdido la memoria.

LEVER.- Pero un pequeño esfuerzo...

GODOF.- No tengo costumbre de hacer esfuerzos...

LEVER.- ¡Un gran banquero! Me asombra!

GODOF.- Pues es lo natural: son los demás los que hacen esfuerzos por mí.

LEVER.- ¿No le puede ayudar, señora?

PATRI.- Yo me lo explico, Godofredo. Pero creo que perderemos un tiempo precioso si pretendemos engañar al señor. Todo el mundo, en nuestra sociedad, sabe las relaciones que existen entre nosotros. Son... del dominio público. Si te empeñas en demostrar al señor que anoche hablamos de la lluvia o del buen tiempo y que me llamaste "señora mía", todos los de la casa no tardarán en descubrir que soy tu...

¡Buena! Algo más que tu 'flirt'. Y es preferible que se lo digamos nosotros mismos.

GODOF.- ¡Patricia!

PATRI.- ¿Qué?

(For Leverdon)

Ya nos advertió que su oficio consistía en desenchascar un poco los muebles. Pues pongamos, por nuestra parte, un poco de barniz.

GODOF.- ¡Es una cosa tan desagradable!

LEVER.- Yo les prometo que lo olvidaré todo en cuanto acabe mi investigación.

GODOF.- Convencido. Entonces,

(A Patricia)

repitamos cuanto dijimos anoche.

LEVER.- Lo que recuerden bienamente.

GODOF.- Lo recuerdo todo muy bien. Pero no comprendo la utilidad.

LEVER.- ¿Vamos?

GODOF.- Sea.

(Representando otra vez. Mira en su reloj.)

"Las nueve y media. ¡A qué hora va a llegar ese animal de Nartuby!".

(Simulando encontrar un papel
(en su bolsillo.

"¿Qué es este cheque? ¡Ah, sí! Se me había olvidado: el dinero que me pediste."

PATRI.- (Molesta, entre dientes)

¡Eso no valía la pena de recordarlo!

GODOF.- ¿No ha de repetirse exactamente todo?

PATRI.- (Nerviosa)

Bien. Está bien: sigamos.

GODOF.- (Volviendo a representar)

"Toma".

(Le da el imaginario cheque)

PATRI.- (Tomándolo)

"Agradezco la delicadeza, querido amigo."

(Muy amable)

GODOF.- ¡Ah, no! Tú no me dijiste eso. ¡Tú no me das nunca las gracias!

PATRI.- ¡Eres desconcertante!

GODOF.- Pero, ¿se dice o no se dice lo que dijimos?

LEVER.- ¡Naturalmente!

GODOF.- ¡Pues entonces!... Yo tengo una excelente memoria, señor. Si antes dije lo contrario fué porque quería mentir; pero

recuer o perfectamente cuanto hice ano-
che: miré la hora, di a esta señora el
cheque, no me dió ella las gracias... y,
cuando le dije que quería irme a acostar,
PATRI.- ...Ya le contesté que podía irse en buen
hora.

LEVER.- Reconstituyamos.

PATRI.- Bien. "Puedes marcharte cuando quieras".

GODOF.- "¡Pero yo deseo que los demás se acues-
ten también! Si no, con sus conversa-
ciones no me dejarán dormir."

PATRI.- "¿Yo también?"

GODOF.- "Tú, la primera. Te han dado el cuarto
intermedio al mío, ¡y metes un ruido in-
fernal bañándote a esas horas! ¡No! Si
no se van todos a la cama, yo no me
acuesto. Y yo no he venido aquí a ha-
cer vida de sociedad: he venido a pescar.
¿Está claro?"

PATRI.- "¡Qué afán por la pesca! Y, luego, no
te gusta el pescado."

GODOF.- "Por que no me gusta, ¡lo extermino! Lo
que no me explica es el modo de proceder
de Hartaby. ¡Si no puede dejar los no-

gocios, que no invite! No es la primera vez que compruebo su falta de... su falta de..."

(A Leverdón)

Es un poco fuerte.

LEVER.- ¿Por qué?

GODOF.- En este momento comenzamos a hablar de los Hartuby como de...

PATRI.- ¡Como de unos amigos!.

LEVER.- ¡Comprendido!.

(Debe hacerse notar que cada vez que Leverdón dice "comprendido", lo hace, -aún siendo su mulatilla,- con un tono distinto.)

Pero la puerta está cerrada. No pueden oír.

GODOF.- ¡Yea! Solamente usted ...

LEVER.- Yo no cuento. Me esconderé algo más, si lo prefieren.

(Retrocede en su rincón)

Cuando guste, señor Gardon.

GODOF.- Bien.

(Representa de nuevo)

" No es la primera vez que compruebo su

falta de educación y de vergüenza."

(Ha bajado instintivamente
la voz al decir esto.

PATRI.- "¡Ah! Pues él es todo corrección al lado de su mujer. ¿La has visto? ¡El colmo de la cursilería! Para venir a pescar a un bosque solitario, se ha traído su collar de perlas!"

GODOF.- "Y tú, el tuyo."

PATRI.- "Porque me figuré lo que ella haría. Después de todo, ¡chocheces! ¡Pobre Margarita!"

GODOF.- "¿Qué quieres decir?"

PATRI.- "Tiene ya la cabeza cana."

GODOF.- "¿Qué sabes tú! ¡Si lleva el pelo teñido!"

PATRI.- "Pero, ¿crees que el pelo se tinte por completo? ¡Nunca! El pelo crece y hay siempre dos o tres milímetros junto a la raíz que descubren la verdad. Y el de la pobre Margarita está blanco. Los hombres no os dais cuenta de estas cosas. Es como si me dijeseis que las uñas de Elena, porque tienen un perfecto barniz, no están plisadas".

GODOF.- "¿Paisadas"?

PATRI.- "Con rayitas. Signo de anemia. No está sana esa chica..."

GODOF.- (A Leverdon)

Todo esto es violentísimo. ¿Qué pensará usted?

PATRI.- ¡Bah!.

GODOF.- Ya comprenderá que era pura broma. Al repetirlo ahora, me suena a murguración.

LEVER.- Siempre pasa igual con las reconstituciones. Un asesino, cuando comete su crimen, no piensa más que en la rapidez de su acto. Sólo cuando lo reconstituye en frío, se siente en verdadero criminal. ¿Acaso por ésto prefería usted que nuestra labor hubiese empezado a las nueve y media?

GODOF.- ¡Claro! Ya habría pasado mi escena.

LEVER.- Pues hubiese sido una lástima.

GODOF.- ¿Y de qué le pueden servir estos chismes triviales?

LEVER.- ¡Oh, señor mío! Con chismes triviales se hacen muchas veces las más trascendentales investigaciones. Sigamos chismo-

reando, se lo ruego.

PATRI.- En realidad, habíamos terminado.

GODOF.- Sí. Dijimos no sé qué sobre Hamilton.

LEVER.- ¿Del mismo género?

GODOF.- No. Es decir... Usted juzgará. Dije yo que Hamilton sólo vendía cuadros falsos.

LEVER.- ¿Una calumnia?

GODOF.- No; porque es cierto.

LEVER.- Entonces... fué un homenaje a su habilidad.

PATRI.- Y Carlitos entró en seguida.

LEVER.- (Llamando)

¡Señor Drac!

(Aparece CARLOS en los escor-
lonos.)

GODOF.- (Representando)

"Al amanecer es cuando se pescan los pe-
ces mejores; y para estar listos enton-
ces, hay que acostarse temprano... Voy
a convencer a Margarita..."

(Pasa al comedor. Pausa.- Pa-
tricia y Carlos están disten-
didos.)

CARLOS.- Si Godofredo cree que basta con acos-
tarse pronto para madrugar, está muy

equivocado."

PATRI.- "¿Por qué?"

CARLOS.- "Porque, ¡si está su cuarto como el mío!..
¡Qué plaga de mosquitos!"

(A Levordón)

De esos que pican...

LEVER.- Ya, ya.

CARLOS.- (Otra vez representando)

"Voy a pasarme en vela toda la noche."

PATRI.- "Y si, al menos, llegara en su auxilio
alguna buena amiga"...

CARLOS.- "¿Por ejemplo?..."

PATRI.- "Por ejemplo, la señora Smith."

CARLOS.- "Está muy lejos! ¿Por qué se ha acordado
de la señora Smith?"

PATRI.- "Todo el mundo sabe que lo ama tiernamen-
te."

CARLOS.- "Es una calumnia abominable. Además, se
trata de una vieja".

PATRI.- "Razón de más para amar con ternura. ¿O
es que usted sólo quiere a las jóvenes?
¿Es jóven Diana?"

CARLOS.- "¡Eso es otra cosa! Es actriz y toda-
vía está haciendo ingenuas. Pero, en el

caso de la señora Smith, se equivoca usted de medio a medio: hemos terminado hace tres semanas."

PATRI.- "Lo creo; ya ve usted. Porque, si no hubiesen terminado, ¡cualquier día me da permiso para venir una semana de pesca!"

CARLOS.- "Y yo lo hubiese lamentado mucho. Nartuby ha sido muy amable invitándome. Esta noche mi cuarto va a estar inhabitable por culpa de los mosquitos... Pero mañana... ¡mañana estará bien fumigado!".

(Va, desde el pie de la escalera donde ha hecho la escena, hacia el comedor.)

LEVER.- ¿Terminó la escena?

CARLOS.- Sí. Cerca de la puerta me encontré con Elena, que entraba.

LEVER.- No estamos de acuerdo.

CARLOS.- ¿Cómo?

LEVER.- No. La escena que han hecho ustedes no puede ser la de ayer.

CARLOS.- Le aseguro que sí. No hemos cambiado ni una palabra.

(A Patricia)

¿Es o no cierto?

PATRI.- ¡Ni una palabra!

LEVER.- He tomado ustedes por un niño... ¡y eso no está bien! Intentan engañarme, ¡y eso, no!

(A Carlos)

Como usted recordará, tuve buen cuidado de precisar con cada uno el tiempo de duración de cada escena. Usted me dijo que ésta había durado cinco minutos. Yo he cronometrado: dos cuarenta. ¡Aquí hay trampa, caballero!

CARLOS.- Dijo cinco minutos... aproximadamente.

LEVER.- La señora, sin concertarse con usted, dijo también cinco minutos.

CARLOS.- Puede uno equivocarse.

LEVER.- Pero... ¡en la mitad!

PATRI.- Cuando yo charlo con un amigo, ¡jamás lo hago con un cronómetro en la mano!

LEVER.- Disculpenme. Son ustedes dos muy amables. ¿Quiéren comenzar otra vez la escena y devolveme los dos minutos veinte que me debían.

CARLOS.- (Después de cambiar una mirada con Patricia.)

Lo que usted quiera.

(Se colocan ambos distancia-
dos, como antes.)

LEWIS.-

(Reloj en mano)

Gracias.

CARLOS.-

(Reproduciendo la escena an-
terior.)

"Si Godofredo cree que basta con acostar-
se pronto para madrugar, está muy equi-
vocado."

PATRI.-

"¿Por qué?"

CARLOS.-

"Porque, ¡si está su cuarto como el mío!..
¡qué plaga de mosquitos! Voy a pasarme en
vela toda la noche."

PATRI.-

(Dando ahora intención a sus
palabras.)

"Y si, al menos, llegara en su auxilio
alguna buena amiga..."

CARLOS.-

"¿Por... ejemplo?..."

PATRI.-

(Con un leve temblor)

"Por ejemplo... la señora Smith."

CARLOS.-

"Está muy lejos."

(Pausa)

"¿Por qué se ha acordado de la señora
Smith?"

PATRI.-

"Todo el mundo sabe que le ama... tierna-
mente."

(La escena, - verdadero "flirt",
(es cada vez más intencionada.

CARLOS.- "¡Es una calumnia abominable! Además, se trata de una vieja."

PATRI.- "Razón de más para amar... con ternura.
¿O es que usted sólo quiere a las jóvenes?"

(Sonriendo)

¿Es joven Diana?

CARLOS.- "¡Eso es otra cosa! Es actriz... y todavía está haciendo ingénnias. Pero, en el caso de la señora Smith, se equivoca usted de medio a medio: hemos terminado hace tres semanas."

(Se acerca a ella)

PATRI.-

(Mirándole con coqueterie)

"Lo creo, ¡ya ve usted! Porque, si no hubiera terminado, ¡cualquier día le da permiso para venir una semana... de pesca!"

CARLOS.-

(Muy cerca de ella)

"¡Y yo lo hubiese lamentado... mucho!"

(La abraza y le da un beso)

LEVER.- ¡Ahí.

(Sonriendo)

Comprendido... ¡Comprendido!

CARLOS.-

(Con ternura)

"Nartuby ha sido muy amable invitándome."

(Pausa. Sonríe y dice con intención.)

"Esta noche mi cuarto va a estar inhabitable por culpa de los mosquitos... pero mañana, ¡mañana estará bien fumigado!..."

(Guíña un ojo a Patricia y va hacia la puerta del comedor.
(Al llegar a ella, se vuelve y dice a Leverdon:

¿Tiene ya los minutos que faltaban?

LEVER.-

¡Oh, sí! Muchas gracias. ¡Muy amables!...

(Carlos sale. Patricia comienza a subir la escalerilla cuando ELENA entra.

ELENA.-

"¿Vas a acostarte?"

PATRI.-

(Deteniéndose)

"No. Apenas si estoy cansada; pero Carlos dice que su cuarto está lleno de mosquitos... y voy a ver si Ana cerró la ventana del mío".

ELENA.-

(Riendo)

"¡Qué horror! ¡Pensar que se te hinchase la cara!..."

PATRI.-

"¡Me molestaría mucho!"

ELENA.- "Sería una pena; porque tus mejillas están hoy especialmente sugestivas."

PATRI.- "¿Tú no le tienes miedo a los mosquitos?"

ELENA.- "La piel curtida por el aire y por el sol nada tiene que temer. El cuerpo, bien friccionado, basta."

PATRI.- (Sabiendo los escalones)

"¡Buena!"

ELENA.- "Yo te digo que tengas mucho cuidado."

PATRI.- (Ya en el rellano)

"¿Yo?"

ELENA.- "Jugar con varios corazones al mismo tiempo es peligroso."

PATRI.- (Antes de hacer mutis)

"¿Puede molestarle alguna amiga?"

ELENA.- "Puede producirse algún disgusto."

PATRI.- "Contigo, no, ¡monina!"

ELENA.- "¿Quién piensa en eso, encanto!"

LEVER.- (A Patricia)

¡Bien! Usted se marchó por ahí. Puede marcharse.

(Patricia lo hace)

Y usted

(A Elena)

quedó aquí, muy enfiada con su desamor

amiga.

ELENA.- Su... papel de detective, ¿le faculta para hacer determinadas apreciaciones?

LEVER.- Pido a usted perdón. Sin querer, formé un juicio...

ELENA.- (Cocneta)

...Y acertó.

LEVER.- ¡Bien! Pasemos a la escena siguiente.

(Mira en un carnet)

Señorita Cantell y señor Hamilton.

(Llamando hacia el conductor)

¡Señor Hamilton!

GUILLERMO.- (Apareciendo)

A sus órdenes.

LEVER.- Yo siempre a las de usted.

GUILL.- Cuando gusten.

ELENA.- (A Leverdon)

Un momento, señor. Ayer, en esta escena, oí bastantes cosas desagradables... ¿Es absolutamente imprescindible que las escuche ahora por segunda vez?

LEVER.- Es necesario que me entere yo.

(Saca de un bolsillo una cajita.)

Pero puede usted taparse los oídos con

este algodón. Yo le indicaré cuando tiene que costear.

ELENA.- (Tomando el algodón)

Buena idea. Así sus palabras caerán en el vacío.

LEVER.- El vacío, señorita, será yo.

ELENA.- (Sonriendo)

No oigo.

LEVER.- Podemos entonces comenzar. Caballero...

GUILL.- (Representando, a Elena)

"¿Cuándo nos casamos?"

(Pausa)

"¿Cuándo nos casamos?"

(Pausa)

"¿Cuándo nos ca...?"

ELENA.- (A Leverdon)

¿No me indica usted?

LEVER.- ¡Ah, sí! Es que comenzó con un escopetazo.

ELENA.- (A Guillermo)

"¿Vuelve usted a molestarme con sus in_ertinencias?"

LEVER.- (A Guillermo, obsequioso)

¿Quiere usted también un algodoncito?

GUILL.- Gracias. A mí me es igual. ¿Sigo?

(Ante un gesto afirmativo de
(Leverdón.

"Yo la quiero a usted, Elena; y si usted desea que deje de importunarla con mis galanterías, hay un medio muy sencillo: casarnos."

(Indicación de Leverdón a Elena
(no pare que conteste.

ELENA.- "¿Se ha vuelto loco?"

GUILL.- "En serio: ¿cuándo nos casamos? Márqueme una fecha y la dejo tranquila."

ELENA.- (Ante una nueva señal del detective.

"¡Ya apareció el comerciante! Usted quiere un libramiento a treinta días vista."

GUILL.- "Mejor, fin corriente".

ELENA.- (Quitándole los alfileres, a
(Leverdón.

Prefiero oír hasta los menores matices de este capellero.

LEVER.- ¿Dejo de ser director de orquesta?

ELENA.- Puede seguir de espectador.

GUILL.- (Como antes)

¿Sigo?

LEVER.- Adelante.

GUILL.- (A Elena representando)

"Usted no puede permanecer viuda siempre. La mujer no ha nacido para ser soltera ni viuda. Una casa deshabitada languidece de tristeza. Una casa que se vuelve a alquilar recobra su vida, su razón de ser."

ELENA.- "¿De modo que usted me considera una casa?"

GUILL.- Una casa que necesita inquilino. ¿Le molesta?"

ELENA.- "No sé si me produce usted repulsión o miedo."

GUILL.- "¿Le asusto porque soy un hombre? Eso necesita usted: un hombre que la domine."

ELENA.- "No me seduce la condición de esclava."

GUILL.- "¿La ha probado usted?"

ELENA.- "No estoy para pruebas."

GUILL.- "¿Qué la detiene? Cuestión de dinero no será. Su marido, al dejarla una fortuna..."

ELENA.- (Interrumpiéndole)

¡Esto sí que estoy segura de que no me lo dijo ayer!

GUILL.- No. Es un argumento que se me acaba de

ocurrir. Pero, como me parece bueno, aprovecho la ocasión para decirselo.

ELENA.- Pero...

GUILL.-

(Sin escucharla)

Su marido, al dejarla una fortuna, especificó que usted la perdería al volverse a casar; y, como la fortuna es muy sonc-dita, usted tiene hacer un mal negocio. Prefiere conservar su dinero a casarse con un cualquiera. ¡Tiene usted razón!

ELENA.- ¡Esto no es de ayer!

GUILL.- ¡Pero yo sigo! Tiene usted razón por completo: una mujer joven, bonita, elegante, necesita dinero para triunfar. Y yo le anuncio: casándose conmigo, tendría usted más dinero todavía.

ELENA.- ¡Calle! ¡Qué crudeza!

GUILL.- No puede usted figurarse mi fortuna. He vendido recientemente unos Tizianos y unos Grecos que me han redondeado. Yo reconozco a usted como dote el doble de la fortuna de su marido.

ELENA.-

(Impresionada)

Calle, calle...

GUILL.- El triple... ¿Estamos conformes?.

ELENA.- Ya hablaremos. Pero piense que el señor...

(Por Leverdón)

LEVER.- Yo me he puesto los algodoncitos.

(Se quita, en efecto, de las
orejas, el algodón que, disi-
guledamente, se puso al com-
probar que el diálogo no era
ya una reconstitución.

Tengo derecho a las palabras de ayer, que
son testimonios; pero no a las de hoy, que
son confidencias.

ELENA.- ¿Puede entonces salir?

LEVER.- Si terminaron la conversación...

GUILL.- ¿No la podemos reanudar?

ELENA.- Otro día; ¿quiere?

(Elena hace mutis al comedor)

LEVER.- ¡La nueva escena!

GUILL.- ¿Mia también?

LEVER.- De usted con Ana.

GUILL.- ¡Ah, sí!

(Va a la puertecita del fon-
do derecho.

¡Ana!

(Ana aparece.)

Remos de repetir ante el señor detecti-

ve lo que dijimos anoche.

LEVER.- ¿Se acuerda usted?

ANA.- (Señalando a Guillermo)

Me lo recordó antes el señor... y es muy poquito.

LEVER.- Así no hay peligro de equivocaciones. Venganos.

(Ana simula que entra)

GUILL.- (Representando)

"¿Qué hay? ¿Siempre tan buena?"

ANA.- "¡Uy! No señor. No soy conocida. ¡Estas piernas! Antes, siempre corroteando de un lado para otro. Ahora tengo que sentarme para cocer un huevo."

GUILL.- "¿Le hace trabajar mucho la señora Bartuby?"

ANA.- "¡Cá! No señor; es buenísima. Para trabajo, el que había en casa del señor. Soy yo, que estoy vieja."

LEVER.- Perdón. ¿Ana estuvo a su servicio?

GUILL.- Sí. De cocinera. Se la cedí a mis amigos.

ANA.- ¡Con una buena recomendación! El señor fué muy bueno conmigo.

LEVER.- Es interesante. Pueden seguir.

GUILL.- (Reanudando su reconstitución.)

"Si quiere una temporada de descanso, puedo hablar con la señora Hartuby."

ANA.- "¡Oh, no! Me quejo cuando me preguntan."

(De repente)

"¡Una bocina!".

GUILL.- "Sí. Parece el auto".

(Se dirige al conductor)

"¡Margarita! Ya viene su marido. ¿No oyen?"

(Entran GODOFREDO, MARGARITA, CARLOS y ELENA.)

GODOFREDO.- "¡Por fin!"

MARGARITA.- "¡Y vendrá sin comer!"

GODOF.- "No tenga cuidado."

ELENA.- "Si no ha comido, comerá. ¿O no lo conoces?"

GODOF.- "A estas horas, después de la caminata, lo mejor que puede hacer es acostarse. ¡Acostarnos todos, hombre!"

(Entra HARTUBY por el fondo. (Llega precipitadamente, con guerdá-pelvo y con sombrero puesto.)

NARTUBY.-

(Con voz trémula y con sonrisa forzada.

"Buenas noches, amigos... Tomé encontrarlos en la cama..."

GODOF.- "¡Eso proponía yo!".

NARTU.- "Celebro que no te hayan hecho caso".

MARGA.- "Estás pálido, Max."

NARTU.- "¿Nada más que pálido? ¡No sé ni como estoy!".

(Mirando a todos con gesto fatigado.

"¡Qué días, queridos! Inolvidable, ¡horrible!".

PATRICIA.-

(Que baja por la escalerita)

"Pues, ¿qué pasa?"

MARTÍN.-

(Tomando las manos de su mujer

"¡Estamos arruinados, Margarita!"

ELENA.-

"¿Arruinados, Máx?"

NARTU.-

"¡Qué desastre! ¡Quién lo pudo prever!"

(A todos)

"Ya sabíais mis inquietudes... Estaba resignado a dejarme unas cuantas libras en el crack del Banco Simón; pero ¡jamás pude imaginarme que fuese hasta ese punto! Hubiese suspendido nuestra partida de

pesca."

GUILL.- "Cuando se viene encima una avalancha, no se sabe hasta donde llega."

NARTU.- "¡Ese Simon es un canalla!"

GODOF.- "¿No lo sabes?"

NARTU.- "Sí, pero creí que era un canalla... correcto. ¡Como tantos otros! Mientras que ese miserable es un pobre estafador. Balances falsos, contabilidad amañada... ¡un espanto! Me pasado el día con los técnicos, queriendo sondear ese abismo... ¡Ese abismo, hija mía, donde se derrumbó nuestra fortuna! ¿Cómo vamos a vivir ahora, Margarita? ¿Qué va a ser de nosotros? Nos quedamos sin nada... sin nada..."

CARLOS.- "Vamos, vamos..."

NARTU.- "Sí, Carlitos; soy hombre al agua".

ELENA.- "El que cae al agua, se salva nadando."

NARTU.- "Tengo rotas las piernas."

GODOF.- "No te achiques, hombre. Acuérdate de mí: me he arruinado siete veces."

NARTU.- "Porque ninguna fué la buena. Pero ya verás ésta. ¡Yo, que había prometido a Margarita un viaje por Europa!... Y, ahora,

no sé cómo pagar dos mil dólares que me
vienen la semana próxima. ¡Eso para desesperarse!
Cuando venía, sentí la sensación
de lanzar el coche contra un árbol."

MARGA.- "¡Oh, Max!"

(Abragándose)

NANTU.-

(Con acento melodramático)

"Eso hubiera simplificado mucho las cosas.

(Con ternura)

No lo hice, Margarita mía, ¡porque tú no
venías conmigo!".

MARGA.-

(Después de dar un respingo)

"Gracias, Max".

(Pausa. Todos los presentes
permanecen inmóviles y silenciosos.)

GUILL.-

(Rompiendo el silencio)

"¡Buena! Pero sepamos al detalle..."

NANTU.-

"¿Para qué? Mañana, Hamilton. Ahora quisiese olvidar un poco... no seguir atormentándome... ¡Si pudiera dormir...!"

GODOF.-

"¡Eso es lo sensato! ¡Dormir! Tomas un
Veramón, ¡y a la cama!"

NARTU.- "Gracias. No es cosa tampoco de entri-
teceros más. ¡Bastante es que se haya
estropeado nuestra partida!"

GUILL.- "¡No digas tonterías, hombre!"

NARTU.- (Enseñando a Godofredo un pa-
quete, atado con una cinta
roja, que traía en la mano.

"Te había traído los cigarros que te
gustan. Los compré antes de conocer to-
da mi desgracia."

GODOF.- "Siempre tan amable..."

NARTU.- (Cambiendo el tono, a Lever-
don.

Y, en este momento, metí los cigarros
en la caja de caudales.

LEVER.- Ya me lo dijo. ¿Por qué en la caja?

NARTU.- Es mi costumbre. No hay como una caja de
caudales para que se conserven secos los
cigarros.

LEVER.- Lo ignoraba.

NARTU.- ¿No fuma usted cigarros?

LEVER.- No tengo caja de caudales.

NARTU.- Fuese aquí el tabaco; y puedo, por tanto,
asegurar que, hasta aquel momento, nadie
había tocado la caja.

LEVER.- Comprendido. Puedes seguir.

MARTU.- (Va a la caja fuerte y hace
(además de dar vacita a la
(llave, que no está puesta.
(y dice:

La llave estaba en la cerradura.

LEVER.- Exacto.

(Martu abre el paquete en
(la caja y empuja la puerta
(de éste, sin cerrarla.

GODOF.- (Dándole unos golpecitos en
(la espalda.

"Nos fumaremos uno mañana mientras que
poscamos. Y ya verás como te parece la
cosa menos trágica."

(Se va por la escalera)

MARTU.- "¡Ah! Si fuese así..."

GUILL.- "De ti para mí, no olvides que hemos es-
tado juntos, en peligro, diecisiete ve-
ces, de soldados."

MARTU.- "Aquellos eran otros tiempos."

GUILL.- "Más difíciles, Maxi. Pasa el Veramón."

(Le estrecha la mano y se va,
(por la escalera también.

CARLOS.- "Yo, en su lugar, me tomaría un latig-
zo de Cin.

(A un gesto de Martuby)

¿No? Pues, ¡buenas noches.!"

PATRI.- "Buenas noches, Max".

MARTU.- "Gracias, Patricia".

ELENA.- (A Margarita, que está anona-
(cada.

"Dale ánimos, mujer."

MARGA.- "¿Y cómo?"

ELENA.- "No sé. Demuéstrale cariño. Buenas no-
ches, Max".

MARTU.- "Adiós, Elenita".

(Todos han salido menos Mar-
(tuby y Margarita.

"¡Cómo he sentido hoy no tenerte a mi
lado!"

MARGA.- "Ya. En el automóvil; no lo has dicho."

MARTU.- "No, mujer; todo el día. ¡Me cras tan
necesaria!..."

MARGA.- "Yo no entiendo de negocios."

MARTU.- "Pero con tus lágrimas me hubieses im-
pedido comprar dos empanadas de jamón y una
botella de cerveza... ¡que se me han indi-
gestado!"

MARGA.- "¿Quieres acostarte?"

NARTU.- "Sí. Tan en la ruina estoy de pie como en la cama".

(Se dirige a la escalera)

MARGA.- "Por ahí, no. Tu cuarto lo tiene Elena. Nosotros, abajo: junto al vestíbulo."

NARTU.- "Es igual".

(Va a la puerta de la derecha del fondo.)

MARGA.- (Deteniéndola)

"Perdona, Max. Yo también tengo mi desgracia."

NARTU.- "¿Tú también? Me asustas."

MARGA.- "Todos los lavabos se han atascado. Hay que llamar al fontanero."

NARTU.- "¡Eres adorable, Margarita! Vengo abrumado por mi ruina... ¡y tú me hablas de los lavabos! ¡Verdaderamente adorable!"

(Hace mutis por la puertecita seguida de su esposa.)

LEVER.- (Levantándose)

¡Perfectamente bien! Muchas gracias a todos.

(Por distintos lados aparecen todas las cabezas.)

MARGA.- Me olvidé, al salir, de apagar la luz.

LEVER.- Queda anotado. Ahora transcurren tres cuartos de hora, sobre los cuales ninguno de ustedes puede darnos la menor indicación útil. ¿No es así?

(Movimiento de afirmación en las cabezas.)

Nadie oyó el menor ruido.

(Movimiento de negación)

En el pueblo, poco a poco, se fueron apagando todas las luces. Ya es noche cerrada; cunden las sombras...

CARLOS.- ...Canta el buho. ¿Quiere usted que imite al buho? Lo hago muy bien.

LEVER.- Gracias. ¡La oscuridad es completa!

(Y, como la luz, en este momento, es espléndida, Lever-
(don sonríe.)

Supongamos que ésto es la oscuridad. Y... ¡de repente!...

(A Hartuby)

¿Quiere volver a su cuarto, señor Hartuby? Yo le pido ahora una fidelidad absoluta: las palabras justas, los gestos exactos... ¿Vamos, señor Hartuby? Yo me encargo de los ruidos.

(Martuby desaparece por la
(puerta cita. Una pausa. Le-
(verdon entra abre la puerta-
(cita y mira.

Ya está en su cuarto.

(Viene rápidamente al centro
(de la escena. Derriba con es-
(trépito la mesa que hay entre
(la caja de candales y se so-
(loca en el proscenio, atento
(a lo que sucede. Martuby se-
(le.

NARTU.-

(Haciendo ademán de encender
(la luz.

¡Clack!

LEVER.-

(Traduciendo)

¡Luz!

NARTU.-

(Reconstituyendo la escena)

"¿Qué ha pasado? ¿Eh? ¿Da mesa por el
suelo?"

(Mira en torno suyo con sor-
(presa y con inquietud. Va
(a la caja de candales y la
(abre. Tiene entonces una le-
(ve duda y mira, interrogante,
(a Leverdon.

LEVER.-

(Imperiosamente, pero en voz
(baja.

¡Los gestos exactos! ¡Las palabras justas!

NARTU.-

(Vuelve a hacer el ademán de
(abrir la caja. En seguida,
(hace un gesto de sorpresa.

"¿Eh?"

(Simula coger algo de dentro
(de la caja; algo que mira
(con estupefacción.

"¡Joroba!"

ELENA
PATRI.-

(Que con curiosidad observaban
(desde la escalera, sorprendi-
(das por la exclamación de
(Nartuby.

¡Oh!...

NARTU.-

(Que las ha oído)

Perdón.

LEVER.-

(Imponiendo silencio)

¡Chss!

NARTU.-

(Reanudando su representación,
(va a la puertecita y, alte-
(rado, llama:

"¡Margarita! ¡Margarita!..."

MARGA.-

"¿Qué pasa?"

(Aparecen por la escalera,
(-por este orden,- CARLOS,
(ELENA, PATRICIA y GUILLER-
(MO; por el fondo, GODOFREDO;
(Por el comedor, ANA. Carlos
(ha sustituido su americana
(por un pijama para dar mejor

(mejor la sensación de la realidad reconstituida.

CARLOS.- "¿Otra nueva hecatombe?"

NARTU.- "¡Acaban de meter en la caja cinco mil dólares!"

MARGA.- "¡No es posible!"

NARTU.- "¡Alguien ha colocado aquí cinco mil dólares!"

LEVER.- (Para sí)

Doscientos veinte mil francos.

NARTU.- (Volviéndose con naturalidad a Leverdon.

Y... ya no sabemos más.

LEVER.- (Envolviendo a todos los presentes con una mirada circular y penetrante.

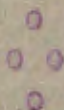
Muchas gracias, señores; ¡muchas gracias!

T E L O N

Guillermo Fernández-Shaw.

SE NECESITA UN CORAZON EN DUTR USO.

ACTO SEGUNDO.



ACTO SEGUNDO

La misma decoración y la misma claridad que en el acto primero. Sólo han transcurrido unos instantes desde que aquel terminó.

(En escena se hallan NARTUBY
y LEVERDON.)

LEVERDON.-Una pregunta: ¿por qué miró usted en la caja de candales, si nada de valor guardaba?

NARTUBY.- Acaso por un fenómeno reflejo. Al ver una mesa derribada, se piensa por instinto en un ladrón; y, al pensar en un ladrón, lo lógico es mirar la caja.

LEVER.- Siempre que haya algo dentro; pero en este caso...

NARTU.- Me asaltó la idea de que mi mujer hubiese dejado sus alhajas.

LEVER.- ¿Cuándo? Salió de aquí al mismo tiempo que usted.

NARTU.- Tiene usted razón. Eso está claro en cuanto se reflexiona. Desde que vi la

mesa por el suelo hasta que abrí la caja, tuve tiempo de pensar que Margarita hubiese dejado sus joyas; pero no tuve tiempo de responderme que era absurda la suposición.

LEVER.- Evidente.

NARTU.- Además, se me olvidó decirle un detalle: la caja estaba entresbierta y la llave faltaba en la cerradura.

LEVER.- ¿No estaba la llave en la cerradura?

NARTU.- No.

LEVER.- ¿Y no la ha encontrado usted?

NARTU.- Por ninguna parte.

LEVER.- (Pensativo)

¡Ah!...

(Breve pausa)

Otra pregunta: ¿está usted totalmente arruinado?

NARTU.- Tranquílcese. Me queda lo suficiente para pagar a usted.

LEVER.- (Sonriendo)

No lo preguntaba por eso.

NARTU.- En realidad, he exagerado un poco. No pensé un solo momento estrellarme contra

un árbol. Lo dije por...

LEVER.-

(Comprensivo)

Porque iba bien al relato...

NARTU.-

¡Claro! Si algo me compensaba de mi catástrofe, era la idea de contarla. Por eso la decoré y la aumenté todo lo que pude. ¡La gente es tan egoísta!... Si no se fuerza la nota, le parecen nuestras desventuras insignificantes.

LEVER.-

Entonces, ¿usted no necesitaba esos cinco mil dólares?

NARTU.-

En realidad, no.

LEVER.-

Todo el mundo, sin embargo, ha podido creer que esa cantidad le salvaba.

NARTU.-

Es posible.

(Pausa)

¿Puedo yo también hacerle una pregunta?

(A un gesto afirmativo de Lo-
verdon.

¿Usted es un buen detective?

LEVER.-

Le contestaré modestamente: creo que soy un detective de primer orden.

NARTU.-

Escogí al azar su nombre en la guía de Teléfonos. ¡Quiera Dios que haya tenido

buena mano! Porque, querido amigo, es imprescindible que descubra usted quién me ha hecho ese regalo de cinco mil dólares. ¿Usted se da cuenta de lo que quiero decir?

LEVER.- Si, señor; cinco mil dólares: doscientos veinte mil francos. Soy francés y traduzco a mi idioma.

NARTU.- No es cuestión de cifras, sino de significación. Que alguien me diese esa cantidad, pidiéndosela, ya sería raro; que me la regale 'motu proprio', convierte el caso en inverosímil; pero que, además, me la deje ocultándose, adquiere ya la categoría de inquietante.

LEVER.- Explíquese.

NARTU.- Una persona que se desprende de su dinero para salvar a un hombre, realiza una acción meritoria. Pero si esta acción va acompañada de la necesidad de esconderse para realizarla, entonces, -no lo dude usted!,- es sospechosa. Si yo fuese un hombre capaz de rechazar un regalo de dinero... ¡todavía! Pero si el caso no es

ése. Ofrézcame cinco mil dólares y verá como se los acepto.

LEVER.-

(Sonriendo)

No tenga usted temor alguno.

NARTU.-

Para mí no hay duda: el que ha tenido este extraño rasgo de generosidad no quiere que yo lo descubra. Y yo me pregunto: ¿por qué?

LEVER.-

¿Y la respuesta?...

NARTU.-

¡Ah!...

(Elevando los brazos)

LEVER.-

¿No se le ha ocurrido ninguna hipótesis?

NARTU.-

¡Me he pasado toda la noche haciendo hipótesis!.

LEVER.-

¿Una, por ejemplo?...

NARTU.-

Por ejemplo: ¿se ha fijado usted en que estoy casado?...

LEVER.-

Con una mujer bonita.

NARTU.-

¡Usted lo ha dicho! ¡Con una mujer bonita! ¿No comprende usted? Mi mujer puede tener admiradores... Alguno puede galantearla... Acaso, -ine lo quiero ni pensar!,- es correspondido. Y, para evitarle a ella estrecheces, ha tenido

esta generosidad, que oculta cuidadosamente, con el fin de evitar toda sospecha.

LEVER.- ¿Y hay algún indicio que le permita sospechar de su esposa?

NARTU.- ¡Ninguno! Salvo que es mujer.

LEVER.- No es razón suficiente.

NARTU.- Hasta anoche, su honestidad era para mí artículo de fe. Pero... ¡desde anoche! Sospecho de ella... ¡y de los tres!

LEVER.- ¿De los tres... igualmente?

NARTU.- Son, igualmente, mis amigos.

LEVER.- Comprendo su apuro.

NARTU.- ¿Mi apuro? ¡Mi desesperación! Desde anoche miro a los tres con la misma inquietud, con el mismo rencor reconcentrado. Me figuro a mi mujer en los brazos del uno, y del otro... ¡y del otro!

LEVER.- Fué una suerte que no invitase a más amigos a pescar.

NARTU.- Horrible, créame.

(Pausa)

Pero hay más hipótesis: ¡la del remordimiento!

LEVER.- Puede ser interesante.

NARTU.- Suponga usted que alguien me robó alguna vez.

LEVER.- Y, al verlo arruinado, se ha enternecido..

NARTU.- ¡Remordimiento! Y me lo devuelve, escondiéndose, para evitarse difíciles explicaciones sobre su acción generosa.

LEVER.- ¿Usted recuerda que le hayan robado en alguna ocasión?

NARTU.- Yo he tenido negocios con Cardon el banquero; pero... siempre he creído que era yo el que lo engañaba.

(Pasea por la estancia)

También puede ser que alguien ha querido indemnizarme de un perjuicio que me ha causado. ¡Un perjuicio grave, evidentemente! Y no sé qué es peor: porque, si no me he enterado de ese perjuicio, ¡soy un idiota!.

LEVER.- ¿Usted qué prefiero?

NARTU.- Yo prefiero... enterarme de lo ocurrido. Para eso le he llamado. ¿Quién me regaló ese dinero? ¿Quién?

LEVER.- A eso vamos. Yo hablaré con su señora.

MARTU.- Con mi mujer, con discreción, ¿eh? No me complique usted mi vida futura. Puede preguntar a Margarita habilmente...

LEVER.- No se preocupe.

(Va a marchar y se detiene)

Dos palabras todavía: ¿sabían sus cinco invitados, antes de venir aquí, que estaba usted afectado por el "crack" Simon?

MARTU.- Desde luego.

LEVER.- ¡Bien! Y... ¿se suele ir a las partidas de pesca con miles de dólares en el bolsillo? Yo hago esta pregunta y soy el primero que lleva siempre consigo toda su fortuna. Pero toda mi fortuna son quince francos.

MARTU.- No tiene nada de particular llevar encima grandes sumas. Las mujeres guardan los billetes en sus sacos entre la barra de los labios y los cigarrillos.

LEVER.- A propósito de los billetes: ¿puedo ver esos cinco mil dólares?

MARTU.- ¡No faltaba más!

(Sale. Leverdon va a la caja de caudales y coge el

(pequete de los cigarros,
(que está allí todavía. Del
(pequete pende un extremo de
(la cinta roja que lo ata.
(Leverdón mira esta cinta
(con atención cuando entra
(MARGARITA.

MARGARITA.— Aprovecho que no está usted con mi marido para consultarlo.

LEVER.— ¿Usted también?

MARGA.— ¡Ay, sí señor! No he dormido en toda la noche.

LEVER.— ¿Imaginando hipótesis?

MARGA.— No sé qué es eso; pero, ¿qué cree usted que ha podido hacer mi marido para que le dón ese dinero?

LEVER.— ¿No le parece natural?

MARGA.— Dar dinero nunca ha sido cosa natural.

LEVER.— Las mujeres encuentran más natural recibirlo.

MARGA.— Lo terrible, señor, es que mi marido es médico.

LEVER.— ¿Y qué?

MARGA.— Que un médico que recibe una cantidad semejante, de manera anónima... No sé...

Si fuese compositor de valse o profesor

de esgrima sería menos inquietante; pero... ¡médico!...

LEVER.- Y usted, ¿tiene algún temor?

MARGA.- ¿Cómo algún? ¡Tengo toda una colección de temores! Muchos, -yo lo comprendo,- infundados.

LEVER.- Veamos los otros.

MARGA.- Usted repar e en que tenemos dos invitadas; y una de ellas, viuda.

LEVER.- Y muy bella, por cierto.

MARGA.- Suponga usted que esta mujer ha envenenado a su marido.

LEVER.- ¡Holá!

MARGA.- Si su médico lo descubrió y se calló, no tiene nada de particular que ella, al ver al médico en desgracia, lo salve, por gratitud, discretamente.

LEVER.- Pasemos a otros temores.

MARGA.- Otra amiga mía tiene un pretendiente. Todo el mundo lo sabe; pero nadie lo dice. Es un hombre que no se puede casar porque ya está casado, aunque separado de su esposa. De pronto, ella, -mi

amiga,- se da cuenta de que va a ser madre. ¡Qué horror! Eso sería un escándalo espantoso. Sólo un médico podría evitar el escándalo.

LEVER.- ¡Y el médico lo impide!

MARGA.- Yo no digo tanto. Pero ella aprovecha el día en que el doctor se va apurado para entregarle una suma que, de momento, la salva. Después ella le demostraré que fue su salvadora y él no tendrá más remedio que aceptar... el servicio que se le pida.

LEVER.- ¿Y en qué se basa usted para formular esas dos hipótesis?

MARGA.-

(Imágenes)

¡Ah!... ¿Yo? En nada...

(Leverdon sonríe y desata la cinta roja del paquete de cigarrillos; después la dobla y la guarda en un bolsillo, bien a la vista del espectador.)

Pero en los dos casos sentiría mucho acertar... porque le tengo cariño a Elena y a Patricia...

LEVER.- ...Y a su marido, por supuesto.

MARGA.- ¡El pobre Max! No he querido molestarle con estas preocupaciones mías.

LEVER.- ¡Claro! Para no complicar su vida futura...

MARGA.- ¡Eso!.

LEVER.- ...Por que, después de todo, una mujer puede coquetear y no ser infiel.

MARGA.- (Sorprendida)

¿Cómo?

LEVER.- Perdón. Quise decir: porque, después de todo, puede un médico no ser complaciente.

MARGA.- Yo querría... Querría que le interrogase usted... habilmente.

LEVER.- (Mirándola)

¡Es curioso!. Sólo ha sospechado usted de las mujeres. En realidad, ¡eran las suposiciones tan maravillosas! Pero ha podido también pensar que ese dinero ha sido dejado en obsequio de usted.

MARGA.- (Estupefacta)

¿De mí?...

LEVER.- Entre sus temores verosímiles, ¿no hubo la idea de haber enamorado a uno de esos

caballeros?

MARGA.- ¿Quién? ¿Yo? ¡De ningún modo!

LEVER.- Sin embargo: usted es bonita, sugestiva...

MARGA.- (Curiosa)

¿Yo?

LEVER.- Encantadora...

MARGA.- (Enternecida)

¿Usted cree? No... Yo no he pensado en eso.

LEVER.- Será que esa hipótesis no era la buena.

MARGA.- (Un poco decepcionada)

Será...

LEVER.- (Después de mirarla de nuevo)

¿Me permite usted?

(Sale por el fondo hacia el
jardín. NARTUBY vuelve por
la puertecita con los billo-
tes en la mano.)

NARTUBY.- ¿Se marchó el detective?

MARGA.- Acaba de salir. ¿Quieres que lo llame?

NARTU.- No. Si reflexiona, dejémosle reflexionar.
No sabía en donde había dejado los cin-
co mil dólares. Si los llego a perder
ahora, ¡hubiese sido el colmo!.

MARGA.- (Después de una breve, pero

(Embarrassosa pausa.)

¿Qué cosa tan chocante! ¿Eh?

NARTU.- Muy chocante, es verdad. En el mismo momento en que perdemos parte de nuestra fortuna, ¡tac!: ¡cinco mil dólares en la caja!

MARGA.- Es verdad: ¡tac!.

NARTU.- Es maravilloso y, al mismo tiempo, sencillísimo: como en los cuentos de hadas... Pero estamos en el siglo XX.

(Ríe con risa forzada)

Si ayer hubiese sido seis de enero, te diría: han sido los Reyes Magos.

MARGA.- Pero, ahora...

NARTU.- Ahora... no sé cual de los tres.

MARGA.- (Con tono inocente)

¿Tú sospechas de alguien, querido Max?

NARTU.- ¿Yo? De nadie, encanto. Y tú, ¿tienes alguna idea?

MARGA.- ¿Para qué? Ya las tendrá el detective.

NARTU.- Eso digo yo. ¡Ya las tendrá el detective!

(Con aparente indiferencia)

¿Has charlado con él?

MARGA.- Sí. Es simpático y parece inteligente.
No me extrañaría que fuese un buen observador.

(Entra LEVERDON)

NARTU.- Aquí están los billetes.

LEVERDON.- Gracias.

(Los mira detenidamente)

NARTU.- ¿Son falsos?

LEVER.- ¡No! Están demasiados sucios para no ser legítimos.

(Los huele)

"Noche de Venecia".

NARTU.- ¿Conoce usted Venecia?

LEVER.- Es el nombre de un perfume. Huelean a "Noche de Venecia". ¿Me permite que los retenga un momento? Cinco minutos.

(Comienza a subir la escalera.
(Cuando ha llegado al segundo
peldaño, ve que hay en el
suelo, junto a la barandilla,
un objeto blanco. Baja y lo
coge. Es un pañuelo hecho
una bola.

¡Ah! Un pañuelo de mujer.

(Lo extiende, de modo que se
vea en él la señal de unos
labios rojos. Entonces se

(lleva esta señal a su boca.
(Se abre la puerta del comedor y entran, como aburridos, GODOFREDO, GUILLERMO, CARLOS, PATRICIA y ELENA.

GODOFREDO. Una cosa quisiera yo saber: ¿nos podemos ir a pescar?

LEVER.- ¿Por qué no, si les gusta?

(Coloca el pañuelo sobre un mueble.

GODOF.- Es que tengo la impresión, querido Max, de que estamos perdiendo un tiempo precioso. ¡Y nosotros hemos venido aquí a pescar!

MARTU.-

(Le mira frunciendo las cejas, después de haber dirigido una mirada a Margarita.

Lo siento mucho; pero, cuando te invité, no prevía que habría que poner en claro un incidente... tan singular.

GODOF.- ¡Bah! ¡Bah! Le estás dando una importancia...

GUILLERMO.- Eso digo yo. No comprendo el interés de esta investigación. ¿Que te han dado dinero? Pues lo tomas y en paz.

MARTU.-

(La misma mirada y el mismo

(fruncimiento de cejas.

¿En paz, eh?

CARLOS.- O me lo regala usted a mí, que yo no me preocupo. Y, como el señor

(Por Leverdon)

seguramente ya no nos necesita...

NARTU.- No sé, todavía, Carlitos, de qué caballero necesitará informes el señor.

LEVER.- Vayan; vayan a pescar. Si me hace falta alguna ampliación, iré a preguntarles.

GODOF.- ¿Para perturbar a los jefes? ¡Usted delira! Yo, cuando me divierto, me divierto en serio. Si usted necesita interrogarnos, prefiero no empezar a divertirme.

(A Patricia y Elena)

Me quedo con ustedes.

PATRICIA.- (Riendo)

Gracias por la galantería.

LEVER.- Tendré que preguntarles a los dos. Conviene, pues, que no se alejen.

CARLOS.- (Divertido)

¡Confinados en los jardines!

GUILL.- En la hamaca espero. Tercer álamo de la izquierda para lo que guste mandar.

(Se va por el fondo)

GODOF.- Yo me voy al sofá-columpio. Sólo pido que al despertarme, me eviten los sobresaltos.

LEVER.- Descuide: le leeré las cotizaciones de Bolsa.

(Godofredo sale también por el fondo.)

MARGA.- Pero, ¡si van a dar las cinco! Tomaremos el té.

ELENA.- ¿No tienes algo para leer?

MARGA.- ¿Novelas policíacas?

ELENA.- ¡Ay, no! Ya es suficiente.

(Desde el comienzo de este escena, Leverdon se ha acercado, sucesivamente, a Elena y Margarita, después de haber vuelto a oler los billetes. Con mucha discreción ha comparado este olor con el perfume de ambas, sin que ninguna de las dos advierta su juego. Ahora ha llegado junto a Patricia, inclinándose levemente sobre su nuca. Ella lo nota.)

PATRI.- ¿Desea usted algo?

LEVER.- (Retirándose)

Nada, señora.

PATRI.- Pareció que quería usted hablarme.

LEVER.- Perdóneme.

(Tomando por el brazo izquierdo a Carlos.)

¿Sería usted tan amable señor Drac?

CARLOS.- (Con un gesto de dolor)

¡Ay!

LEVER.- (Sorprendido)

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

¿Le hice daño? Apenas si le toqué.

CARLOS.- Es que tengo en el brazo una herida, que aún no cicatrizó.

LEVER.- ¿Un... accidente?

CARLOS.- Una tontería.

ELENA.- Carlitos es un chico discreto y no ha querido decirnos nunca la causa de esta caricia. Pero no es difícil adivinar. Un hombre mimado por las mujeres... Una escena de celos... Un instrumento punzante...

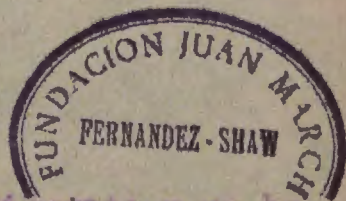
CARLOS.- (Defendiéndose tímidamente)

No... Les aseguro que no...

ELENA.- (A Patricia)

Te advierto que es una herida de nada.

De una lima, de un alfiler grande, aca-



so de unas uñas bien afiladas...

PATRI.-

(Burlona, a Carlos)

¡Uy! Eso fué la señora Smith; ¡la colosa impenitente!

ELENA.-

(También a Carlos)

¡Confíósallo sin rebozo!.

CARLOS.- Ustedes la han tomado con ella.

PATRI.- Le prometemos guardar el secreto.

(Mientras que las dos mujeres, divertidas, esodian a Carlos, Leverden se ha llevado aparte a Martuby y le dice en voz baja:

LEVER.- Procure distraerlas para que no suban a sus cuartos hasta que yo baje.

(Rápidamente y sin hacer ruido, se va por las escaleras

ELENA.- ¿No nos lo cuentas, Carlitos?

CARLOS.- Si no tiene interés...

ELENA.- Es posible; pero en algo hemos de emplear el tiempo cuando no sabemos qué hacer.

MARTU.- Propongo una partida de "ping-pong".

ELENA.- Es una idea.

(A Patricia)

¡Te desafío!.

PATRI.- ¿Otra vez frente a frente? ¡Encantada!.

NARTU.- Os preparo la mesa del comedor. Venid conmigo.

(Matia al comedor, seguido de ambas.

GODOFREDO.-

(Entrando al mismo tiempo por el fondo.

¿Dónde van?

CARLOS.- A jugar un "ping-pong".

GODOF.- ¡No puedo dormir!

CARLOS.- Está usted preocupado.

GODOF.- Estoy desorientado, que no es lo mismo.
¡A ver si termina de una vez el detective!

CARLOS.- ¡Hombre! Yo creo que, por poco inteligente que sea, la cosa está bien clara!

GODOF.- ¡Ah! Usted sabe...?

CARLOS.- Yo tengo... mis convicciones. ¿Usted, no?
(Mirándole con impertinencia)

GODOF.- (Volviéndole la espalda)

¡Quien no sospecha! ¡Es tan fácil!

CARLOS.- ¿Le parece a usted que recordemos nuestra conversación de ayer?

GODOF.- No recuerdo. ¡Esta memoria mía!

CARLOS.- Decía yo que, si algún día tuviese que pedirle prestado...

GODOF.- ¡Ah, sí! Esa conversación se había concluido.

(Se sienta)

CARLOS.- Eso creía yo. Un hombre como usted, de aspecto invulnerable, de modales bruscos... Dice usted "¡no!" y eso "no" parece una guillotina. Pero luego...

GODOF.- ¿Luego, qué?

CARLOS.- Si el necesitado no es un farsante; si demuestra que precisa ese dinero...

GODOF.- Pierde usted el tiempo.

CARLOS.- Lo perdería si tuviese usted un corazón de piedra. Pero... como no es así...

GODOF.- (Sobresaltado, mirándolo)

¿Cómo?

CARLOS.- Piense usted que yo no necesito cinco mil dólares. Con menos me conformo.

GODOF.- ¿Eh?

CARLOS.- No se haga de nuevas.

(A Elena, que entra con un cigarrillo apagado en la boca.)

Elenita, ¿quieres dejarnos, que estoy tratando de negocios con el señor Gardon?.

ELENA.- A eso vengo yo, precisamente. Usted sabe, Godofredo, que soy tesorera de la Asociación de Socorros para los Intelectuales. Hemos abierto una suscripción; y, como su corazón magnánimo...

GODOF.- (Levantándose como impulsado
(por un resorte.

¡Esto ya es más grave!

ELENA.- Pero, ¡oiga usted!

GODOF.- ¡Perdonen! ¡Vade retro!

(Se va rápidamente por el
(fondo.

ELENA.- ¿Le pasa algo?

(Enciende su cigarrillo)

CARLOS.- Nada. Las buenas acciones siempre nos ru-
borizan.

(Ella enciende el encendedor en la me-
(sa, de donde lo tomó. Luego
(se va al comedor. Su mutis
(coincide con la llegada de
(GUILLERMO, que vuelve por el
(fondo.

GUILLERMO.-

(Viendo que Carlos se frota
(las manos.

¿Qué? ¿Está usted optimista?

CARLOS.- ¡Hombre! La vida es grata. Yo tenía una
sola preocupación y está a punto de

desaparecer. Además, la dirección de esa Exposición de cuadros que usted organiza en Buenos Aires, me va a redondear.

GUILL.- Cierto. Algo de eso hablamos ayer.

CARLOS.- ¿Cómo "algo de eso"? Estuvimos en absoluto de acuerdo. Ayer, en el auto, me lo prometió usted.

GUILL.- Ayer por la mañana, sí; pero después he reflexionado. Dudo ahora de si tendrá usted las condiciones necesarias para ese puesto. Yo soy marchante de cuadros; pero de estas dos palabras, la interesante no es "cuadros", sino "marchante". ¡El comercio lo es todo! Y éste es un comercio singularmente delicado, porque los precios dependen sólo del ingenio del comerciante. Y temo que no sea usted el hombre indicado...

CARLOS.- ¿Por qué? Yo soy lo suficientemente despreocupado, lo bastante cínico... Me sé presentar...

GUILL.- Hay una porción de sentimientos que son pintiparados para un héroe de novela; pero peligrosos para un comerciante. Soy

el primero en admirarlos. Me llevaría una decepción si en el teatro, por ejemplo, el protagonista no fuera un tipo caballeresco y desinteresado; pero mi desolación no tendría límites si ese noble corazón esforzado fuese el director de mi Exposición de Buenos Aires.

CARLOS.- De acuerdo; pero no comprendo.

GUILL.- ¡Hablemos claro! Preferiría entendérmelas con un hombre que pecara más por exceso de dureza que por exceso de ternura.

CARLOS.- Yo soy duro, enérgico...

GUILL.- Eso creía yo. Hasta ahora todos los informes me inspiraban confianza. Sabía usted trastear a las mujeres... Pero...

CARLOS.- Pero, ¿qué?

GUILL.- Pero me pregunto ahora si no le juzgué con un poco de precipitación.

CARLOS.- ¡Que me ahorquen si le entiendo!

GUILL.- ¿Qué quiere usted, amigo? Los negocios son una cosa muy seria. Se pueden confiar los intereses a un Barba Azul; pero no a un Don Quijote.

(A pesar suyo, ha mirado a

(la caja de caudales.

CARLOS.-

(Comprendiendo)

¡Acabáramos! ¡Usted cree que he sido yo el de los cinco mil!.

GUILL.-

Yo no sé nada. Pero es indudable que, para tener un rasgo así, es preciso ser joven.

CARLOS.-

¡Yo qué voy a haber tenido! ¡En qué cabeza cabe?

GUILL.-

Es posible; pero mientras que todo esto no se aclare, usted me perdonará, querido amigo.

(Va hacia el fondo, por donde hace mutis.

CARLOS.-

Pero, ¡oiga usted!... Esto es absurdo, ¡insensato!.

(Le sigue; pero, al ver a (PATRICIA y MARGARITA, que vienen del comedor con unas tazas para el té, se dirige a ellas.

¡Pues no ha imaginado este señor!... ¡Es insensato!... ¡Inverosímil!.

(Sale corriendo por el fondo (detrás de Guillermo.

¡Señor Hamilton! ¡Señor Hamilton!

PATRICIA.-

(Sonriendo)

¿Se ha vuelto loco Carlitos?

MARGARITA.-

(Halagada)

¿Tú crees? Yo también lo temo.

(Mira hacia la puerta por
(donde Carlos acaba de salir.

Ven aquí, Patricia.

(Coloca en la mesa las tazas,
(lo mismo que ha hecho su ami-
(ga.

Hace diez minutos estoy dudando en hacerte una pregunta.

PATRI.-

¿Y por qué ese temor?

MARGA.-

Porque hay preguntas a las cuales las mujeres no responden nunca francamente.

PATRI.-

¡Ah! ¿Hay preguntas a las cuales las mujeres responden francamente alguna vez? Eres una optimista. Sin embargo, prueba conmigo.

MARGA.-

¿Carlitos está enamorado de ti?

PATRI.-

¡Mujer! Ahora lo comprendo. ¡No!.

MARGA.-

Ya.

PATRI.-

Pero diciéndote "no" escuetamente, no sería franca contigo. Y te he prometido

serlo. No está enamorado; pero le falta poco.

MARGA.- Entendido: te hace... cucamonas.

PATRI.- (Divertida)

¡Eso!

MARGA.- Entonces... no se ha enamorado de ti.

PATRI.- ¡Hola! ¿Alguien se enamoró de ti?

MARGA.- ¡Locamente!

PATRI.- ¿Y no sabes quién?

MARGA.- Eso es lo terrible. ¡No doy con él!

PATRI.- Entonces, ¿por dónde lo sabes?

MARGA.- Por el detective. Es un observador. No puede ser otro que un hombre enamorado de mí el que ha puesto ese dinero en la caja.

PATRI.- ¡Beh, bah!...

MARGA.- Eso lo explica todo. Es uno de los tres... ¿Cuál? Yo he pensado primero en Carlitos.

PATRI.- Porque es el más guapo.

MARGA.- ¡Claro! Pero, si flirtea contigo, no puede ser él.

PATRI.- Eres una ingénua, Margarita. A un hombre lo mismo le dan una que dos.

MARGA.- ¡No me lo digas! Entonces, ¿no elimino a Carlos? Perdona, hija, pero me gusta... Por supuesto, desde que el detective me ha abierto los ojos, estoy hecha un lío, ¡un verdadero lío!

PATRI.- ¿Te desagrada?

MARGA.- ¡Qué sé yo! Por un lado es ofensivo; pero, por otro, ¡es tan seductor! Y, sin embargo, ¡es horrible!

PATRI.- Pero... ¡mujer!

MARGA.- ¿Debo estar más amable o más arisca con él? ¿Y quién es él? ¿Debo entonces estar más amable con los tres?

PATRI.- ¡Pobre Margarita!

MARGA.- ¿Cual crees tú que ha dado los dólares?

PATRI.- ¿Yo? ¡Una mujer!

MARGA.- ¿Una mujer?

PATRI.- ¡Elena! Sin la menor duda.

MARGA.- ¿Elena está enamorada de mí?

PATRI.- Pero, ¿qué dices? ¿Te has vuelto loca?

MARGA.- Tienes razón. Mi cabeza es una devanadera.

(Viendo a CARLOS al traves de
(la vidriera del fondo.

Mira a Carlitos; parece preocupado. De-

be de ser él. Si viene, yo no puedo permanecer aquí. ¡No debo!. Pero si hago lo mismo con los tres, no voy a tener habitación donde poder estar. ¿Por qué me habrá dado Dios este atractivo?

(Sale)

CARLOS.-

(Entrando)

¡Este Hamilton es idiota! ¿Pues no cree que soy el autor del regalito a Max?

PATRI.- ¿También él?

CARLOS.- ¿Cómo también?

PATRI.- También.

CARLOS.- ¿Usted?...

PATRI.- ¡No, por Dios! Yo creía otra cosa; pero, a lo mejor... ¡Quién sabe!

(Mirándole con picardía)

CARLOS.- ¿Y por qué suponen que yo he hecho esa simpleza?

PATRI.- No es tan inverosímil: por amor a la encantadora Margarita. Sería un amor romántico, ideal y, al mismo tiempo, respetuoso. El hombre joven, lleno de entusiasmo, que quiere con toda su alma, que venera su ídolo, que no quiere traicionar al ami-

go que le tiende la mano... y que está dispuesto a los más callados sacrificios.

CARLOS.- ¿Se burla usted?

PATRI.- No es la idea que me había formado de usted, lo confieso. Yo le temaba por un "gigoló"; mimado, obsequiado por las mujeres; y resulta todo lo contrario.

CARLOS.- ¿Yo?

PATRI.- Un hombre serio...; tan formal, tan ecuaníme! Cinco mil dólares... Cautela... Discreción...

CARLOS.- Eso es tomarme el pelo, Patricia. ¡Todo el mundo sabe que no tengo ni un céntimo!

PATRI.- Para salvar a la mujer amada, se pide prestado lo que sea.

CARLOS.- ¡Pedir prestado! Eso es mi fuerte. Pero pido sólo para mí.

PATRI.- Eso me parecía. Sin embargo,

(Con un poco de desdén)

mirando en el fondo de sus ojos, me parece descubrir... no sé... ¡Un desconcertante candor! Yo me había creído otra cosa... ¡Otra cosa, Carlitos!

(Se separa de él. Carlos entonces pretende abrazarla.)

CARLOS.- ¡Pero Patricia!...

PATRI.- No; abrazos, no. No me seduce ser abrazada por un hombre tan serio.

GODOFREDO.- (Abriendo la puerta del fondo y viendo a Carlos.

¡Oh! ¡El sablista!

(Cierra y se marcha; pero Patricia acude en su busca.

CARLOS.- ¡Ya me va cargando a mí el regalito, hombre! ¡Me lo podían haber dado a mí!

(Se va al comedor)

GODOFREDO.- (Volviendo por el fondo)

¿Se fué ya? Bien. Entonces, puedo entrar. Siempre me han tenido sin cuidado los sablistas. En cuanto les decía: "¡no!", de manera tajante, no había más que hablar. Pero si empiezan a decir que soy sensible, ¡esto no va a ser vida!

(Bruscamente a Patricia)

¿Puede saberse para qué era el dinero que me pediste ayer?

PATRI.- Ya te lo dije: para pagar al modisto.

GODOF.- A principios de mes te di otro cheque.

PATRI.- También para el modisto.

GODOF.- Mucho dinero.

PATRI.- ¿También estás arruinado?

GODOF.- (Siempre brusco)

¡No se trata de eso! Lo que quiero saber es si gastas el dinero en lo que me dices.

PATRI.- ¿Y en qué lo iba a gastar?

GODOF.- ¡Ah! No sé. ¡Las mujeres sois tan románticas!

PATRI.- ¿Es que crees que he sido yo quien ha dado a Max los cinco mil dólares?

GODOF.- ¿Y yo qué sé? Cuando me hablas del modisto, me encantas. Las mujeres, desde la incauta Eva, tenéis una adorable reputación de frivolidad. Pero si tú la aprovechas para...

PATRI.- ¿Para... hacer obras benéficas?...

GODOF.- ¿Por qué no? Las mujeres sois capaces de todo.

PATRI.- Y eso, ¿te disgustaría?

GODOF.- ¡Enormemente! No te doy mi dinero para eso.

PATRI.- (Con amargura e ironía el mismo tiempo.)

¡Bien dicho! No eres el único caso. Los

hombres ricos tenéis una mentalidad especial. No os conmueve sólo la avaricia.

GODOF.- Eres injusta. Yo contigo he sido siempre espléndido.

PATRI.- ¡Fastuoso! ¡Verdaderamente fastuoso! Todos mis lujos, todos mis caprichos, te han parecido siempre escasos. Derramáis vuestro oro sobre vuestras amigas a condición de que sean bonitas, elegantes... y un poco estúpidas.

GODOF.- A condición de que sepan gastarlo.

PATRI.- ¡Extraña paradoja en un hombre de negocios! Una amiga que economizara el dinero que le diesses, dejaría de ser interesante. Y si lo empleaba en obras de caridad, se convertiría en una pobre mujer de vulgaridad desconsoladora.

GODOF.- No te lo niego. ¡Es tan desagradable pensar que obsequias a una mujer seductora y encontrarte conque regalas a una hermanita de los pobres!

PATRI.- Es decir: que si yo he derrochado tus dólares, tú estás encantado.

GODOF.- ¡Naturalmente!

PATRI.- Pero si yo los he empleado bien; si he realizado alguna buena obra, la cosa cambia.

GODOF.- ¿Qué quieres que te diga? ¡Cambia! Será todo lo material que quieras, pero cambia. Yo te doy una cantidad; y en seguida me figuro la alhaja, el perfume, los zapatos o la botella de Champagne que te compras: pero nunca, ¡nunca! la sopa popular de los pobrecitos desarrapados que sufragas.

PATRI.- ¡Calla! ¡Calla! ¡Eres despreciable! Es decir: que la sola suposición de que yo sea una mujer piadosa te hace comprobar mis facturas y vigilar mis gastos.

GODOF.- No tanto; pero...

PATRI.- Puedes, si quieres, cerrar para mí tu bolsa.

(Rabiosa)

¡Y creía yo que te conocía! ¡Jamás un hombre ha sido más odioso!

(Sale bruscamente en el mismo momento en que entra ELENA por otra puerta.)

ELENA.-

(Con una jarra de leche en la mano.)

El té estará dentro de cinco minutos.

GODOF.-

(Sentándose cómodamente en una butaca.)

Gracias, Elena. Lo tomaré con mucho gusto.

ELENA.-

Antes no me dejó usted explicarle. Le decía que la obra de "Socorro a los intelectuales" ha abierto una suscripción...

GODOF.-

(Se levanta repentinamente, como antes.)

¡Otra vez, no! Estoy condenado a no sentarme dos minutos,

ELENA.-

Pero...

GODOF.-

No, Elenita; yo no socorro a los intelectuales ni a nadie. ¿Está claro?

(Se va por el comedor.)

(Por el jardín viene GUILLERMO. Cuando va a Elena sola, entra en escena en el momento en que ella se dispone a salir y le corta el paso.)

ELENA.-

¿Usted?

GUILLERMO.-

Le advertí ayer que seguiría molestandola hasta que usted acepte casarse conmigo.

ELENA.- Usted no me molesta más: acepto.

GUILL.- (Sorprendido)

¿Cómo?

ELENA.- Que acepto su proposición de ayer. Hicemos el negocio.

GUILL.- (Incrédulo aún)

Pero, ¿es de veras?

ELENA.- A fin corriente; como usted quería.

GUILL.- ¿Habla usted en serio?

ELENA.- Empleo su lenguaje comercial. No sé por qué le encuentra usted cosa de broma. ¿Qué hace falta para que me crea? ¿Mi firma? ¿Dónde hay que firmar?

GUILL.- Me basta su palabra.

ELENA.- (Tendiéndole la mano)

¡Chóquela!

GUILL.- (Mirándola receloso)

Encantado.

ELENA.- Pero ¿qué significa ésto? ¡Yo, que esperaba verle saltar de alegría!

GUILL.- (Preocupado)

Y salto, salto...

ELENA.- Pero no mucho.

GUILL.- Sí, sí. Estoy encantado y agradecido.

¡Con el tiempo que hace que lo desee!
Lo que pasa es... qué me ha sorprendido.
Esa aceptación brusca es magnífica; pe-
ro... un poco inquietante. No esperaba,
-¡se lo confieso a usted!-, un consenti-
miento tan rápido, tan completo. Ayer
mismo me dió usted muy pocas esperanzas...

ELENA.- Pero hoy...

GUILL.- Hoy, de pronto, está usted dispuesta al
casamiento. ¿Por qué?

ELENA.- Porque he visto la clase de persona que
es usted, acudiendo en socorro de un ami-
go en desgracia.

(Mira a la caja de cuadales)

Y eso cambia todo.

GUILL.- ¿Eso le hace enamorarse de mí?

ELENA.- ¡Ah, no! No es eso lo que usted me pidió.

GUILL.- No me atreví a tanto.

ELENA.- Usted me pidió que fuera su mujer, lo cual
es muy distinto.

GUILL.- (Galante)

Y muy suficiente.

ELENA.- Hasta ahora, no me había decidido por-
que, francamente, le tenía miedo.

GUILL.- ¿Miedo?

ELENA.- Temor, pánico... Como quiera llamarle. Sus modales rudos, su tono enérgico, su mirada dominadora me asustaban. Era usted el "señor de horca y cuchillo" que venía por la mano de la pobre corza inocente... Yo no me resistía a los lazos del matrimonio, pero me espantaba que pudiesen ser de hierro.

GUILL.- Y ahora, en cambio...

ELENA.- Ahora no hay razón alguna para mis temores. ¡La posición de viuda es tan falsa! ...Y, en cambio, todas esas ventajas que usted me brindó ayer: una fortuna, un tren de vida lujoso, una casa elegante...

GUILL.- ...Y un marido.

ELENA.- E incluso un marido... Estas ventajas, digo, adquirieron importancia en cuanto he dejado de tenerle miedo. Por eso, Guillermo, podemos casarnos en cuanto usted quiera.

GUILL.- (Frio)

Gracias.

ELENA.- ¿Nada más que gracias?

GUILL.-

(Seco)

Nada más.

ELENA.-

(Sorprendida)

¿Por qué?

GUILL.-

Usted se casa conmigo porque cree que tengo un buen corazón.

ELENA.-

¿Y eso es malo?

GUILL.-

Es intolerable.

ELENA.-

No comprendo.

GUILL.-

Pues es clarísimo. Un hombre a quien su mujer cree bueno, es hombre al agua. El matrimonio es una jaula; pero no una jaula con dos tortolitos como se imaginan los simples, sino una jaula grande con un domador y una hermosa bestia. Si esta no le tiene miedo al domador, lo devorará. Un marido a quien su mujer no teme, es un desgraciado. Es el señor cuya opinión no cuenta, que grita y no se le oye, que paga las facturas, que lleva los paquetes y que termina pidiendo perdón de rodillas aunque tenga razón. ¡No, y no! ¿Dónde tengo que jurar, Elena, que no soy ese corazón que usted busca?

ELENA.-

(Riendo)

Ante esa caja.

GUILL.-

¿No me cree usted?

ELENA.-

No. Para que yo siguiese considerándole temible, habría hecho falta no tener ese gesto.

(Señalando a la caja)

GUILL.-

Y porque cree que lo he tenido, me acepta como esposo. Porque soy bueno; es decir, débil; es decir, manejable; es decir, ¡cómodo!.

ELENA.-

¡Qué palabras!

GUILL.-

¡La realidad! Se dispone usted a casarse conmigo porque piensa que yo seré un juguete en sus manos. Y lo terrible es que puede que tenga usted razón. Cuando el donador muestra una sola vez su debilidad, ¡está perdido para siempre! No volverá la fiera a tenerle respeto. Ya no adelantará nada ni pagándola.

ELENA.-

(Tranquila)

Pero usted no me pegará.

GUILL.-

(Furioso)

¡Claro que no! ¡Aunque me lo propusiese!

Los hombres no pegan más que a las mujeres que tienen miedo de ser pegadas.

ELENA.- No hay por qué gritar, querido amigo.
¿A quién va usted a impresionar ahora?
(Dándole un cariñoso golpe
con la mano en una mejilla.

Puede abrazarme cuando quiera.

GUILL.- ¡Es inaudito! Para que yo la abrace, me anticipa usted su permiso. ¡Será un precioso matrimonio! Y el colmo es que lo deseo; lo deseo con toda mi alma, porque usted me ha vuelto loco y soy capaz por usted de todo: de las mayores dejaciones, de los más absurdos renunciamientos...

(Entra MARGARITA y se coloca coqueteando entre Elena y Guillermo. Este la mira furiosamente y exclama:

¡Señora! ¡Déjeme usted en paz!

(Sale rápido por el comedor)

MARGARITA.- ¡Me ama! Este es el que me ama.

ELENA.- ¿Este?

MARGA.- Sí. Porque ha estado a punto de pegarme.
Pero... ¿será el que puso el dinero?
¡Y Patricia que decía que eras tú!

ELENA.- ¿Yo?

MARCA.- Pero no... La hipótesis de un enamorado es la única verosímil.

(Ha colocado en la mesa la bandeja de tostados que traía y vuelve a irse por donde vino)

ELENA.- (Llamando)

¡Patricia!

PATRICIA.- (Que sale)

¿Me llamabas, monada?

ELENA.- Perdóname, encanto; pero quería preguntarte si estás loca. ¿Tú has supuesto que yo he regalado esos dólares a Max?

PATRI.- Bien pensado, no tiene nada de particular.

ELENA.- Y, ¿por qué lo habré hecho?

PATRI.- Eres rica, y eres su cuñada.

ELENA.- ¿Y eso es suficiente?

PATRI.- Suficiente, no. Es preciso también ser generosa. Y nada prueba que no seas tú generosa.

ELENA.- (Reconcentrada)

¡Eso quería oírte!

PATRI.- Pero si no ha sido así, me he equivocado y no hablemos más.

ELENA.- ¿Cómo que no? ¡Ya lo creo que habláremos!

PATRI.- Lo que quieras, monina. ¿Quieres que te pida perdón?

ELENA.- ¿Perdón, tía?

PATRI.- Sí. Perdón por haberte juzgado mal. Yo tenía de ti una opinión terrible, Elena. Te creía rencorosa, calculadora, pérfida... Por joven y por venenosa te había puesto un mote: "Ponzoña de abril". Era demasiada crueldad.

ELENA.- No vale la pena.

PATRI.- Y era más crueldad porque era injusta. Pero me arrepiento. Me parecía advertir en ti un espíritu agudo, picante, caustico... y llegué a crearte peligrosa. Temía tu mirada, tus opiniones, tus comentarios; y no comprendía, -¡tonta de mí!,- que no era todo ello más que una máscara...

ELENA.- ¿Una máscara?

PATRI.- ...Que ocultaba por pudor un alma llena de ternura. Pero llegó, querida, el día

en que te descubrí; y ¡con cuánta alegría pude ver que bajo aquella coraza de aparente perfidia, latía generoso un noble corazón.

ELENA.- ¿Eso has descubierto?

PATRI.- ¡Sí! Que eres buena e ingenua; sensible y caridosa.

(Ha dicho lo que antecede con
(aparente y fingida sinceridad.)

Perdóname, Elena. Te lo pido con toda humildad.

ELENA.- Gracias por tu certificado.

PATRI.- No tenías por qué dudar de mí.

ELENA.- Y, ¿me protegerás en adelante?

PATRI.- Si lo necesitases...

ELENA.- ¿Desde tu altura?

PATRI.- Seré siempre tu amigo.

ELENA.- (Con violencia)

¡Hasta aquí hemos llegado, señora! ¡Tu protección es el colmo! ¡Fuera hipocrasías! Porque en todo lo que acabas de decirme sabes perfectamente que no hay una palabra de verdad. Sabes todo lo con-

trario: que el alma cándida que llena las cajas de candiles no es precisamente la mía. Pero aparentas, por cálculo, creerlo.

PATRI.- ¿Por qué había de hacer tal cosa?

ELENA.- ¿Por qué? Por disminuirme, por empequeñecerme. Para volverme anodina, gris, inofensiva. Yo era tu igual; mejor diría, tu rival. Y en nuestra batalla sin tregua tú no eras siempre, ni mucho menos, la más fuerte. Pero mira por donde ha surgido ahora una ocasión milagrosa para aniquilarme!: hacerme una reputación de niña bondadosa, insignificante, que ya no cuenta para nada. Has querido limarme las garras de fiera temible y convertirme en tímida cordera; peor aún, ¡has querido poneme en ridículo! ¡Un ridículo irremediable a los ojos de todo el mundo! Pero ¡yo te juro que no será! Ese rumor insidioso sabré cortarlo; y todo el mundo sabrá, -¡tú la primera!-, que no soy ni un bombón fondant, ni una paloma cándida, ni una niña idiota!

PATRI.-

(Con dulzura)

Te excitas, hija mía. La cosa no tiene importancia.

ELENA.-

Pero, ¿en qué cabeza cabe que se me pueda ocurrir salvar a Max?

PATRI.-

Pues no he dicho nada, mujer; pero no te excites...

ELENA.-

Eres tú quien me exasperas.

PATRI.-

(Con falsa indulgencia, más exasperante todavía.)

¡Se acabó! Asunto arreglado: eres una pícara, una terrible fierecilla. ¡Pobrecita mía!

MARGA.-

(Entrando)

Ya está el té. ¿Quieres llamar, Patricia?

PATRI.-

Con mucho gusto.

(Va a la puerta del fondo y, desde allí, llama.)

¡Godofredo! ¡Carlos!

(Desaparece hacia el jardín.
(Elena, después de dirigirle un gesto de desprecio, va a salir por la escalera.)

MARGA.-

¿Te vas ahora? Ans traeré el té enseguida.

ELENA.-

Vuelvo. Voy por mi polvera. ¿No crees que la necesito?

MARGA.- Es verdad. Estás como una amapola. ¿Te has puesto mala?

ELENA.- No; pero me falta muy poco.

(Sube por la escalera y pasa
(ante LEVERDON, que ha pro-
(senciado desde arriba el fi-
(nal de su escena con Patri-
(cia, y ahora la observa aten-
(tamente mientras que sale.

MARTU.-

(Por el fondo)

Se me ha ocurrido otra hipótesis.

(A Leverdon)

Más agradable que la primera.

MARGA.- ¡A ver! ¡A ver! Porque estoy intriga-
dísima.

MARTU.- Tu madre tuvo un desliz; tú eres una
hija bastarda, y tu padre desconocido ha
querido salvarnos.

MARGA.- ¡Oh! Eso es insultar a mi madre.

MARTU.- En hipótesis nada más. Pero... ¿quién
de los dos? Godofredo y Guillermo son
viejos amigos de tu familia. Guillermo
no te lleva más que diecisiete años, pe-
ro todo es posible.

MARGA.- ¡Eso es ridículo!

MARTU.- No tanto... Una mujer madura, un ado-

lescente...

(A Leverdon)

¿Qué dice la policía?

LEVERDON. - Admiro la sagacidad de usted.

(A Margarita)

¿Alguno de los dos suele enviarle regalos?

MARGA.- ¡Jamás!

NARTU.- ¿Cómo que no? Te envían flores siempre que vienen a comer.

MARGA.- ¡Ah! ¿Y voy a ser hija bastarda de todos los amigos que me mandan flores? ¡Eres estúpido, Max!

NARTU.- ¡Hija! Yo es que busco, que quiero encontrar...

(Mientras tanto, han ido entrando, -todos con caras sombrías y preocupadas.- GODOFREDO, GUILLERMO, CARLOS, PATRICIA y ELENA; cada uno por el sitio por donde salió últimamente. Cada cual recuerda de aquel que "le ha acusado".)

(ANA ha traído el té.

MARGA.- Tomaremos el té.

(Se dispone a servirlo entre
(el silencio de los invita-
(dos. A Godofredo.

¿Un poco de ron?

GODOFREDO.-

(Asintiendo)

Gracias, hijita.

(Martyby frunce las cejas y
(mira a Margarita. Esta va a
(Guillermo.

MARGA.- Usted prefiere limonada, ¿no?

GUILLERMO.- Yo, lo que usted quiere, hija mía.

(Nuevo sobresalto y nuevo
(gesto de Martyby.

MARGA.- Pero, ¿qué veo? Nos habíamos olvidado
del señor Leverdon. Va a buscar otra
taza, Ana.

LEVER.- Es inútil, señora. No lo he tomado nunca. Ana me puede prestar otro servicio.
¿Me hace el favor?

ANA.-

(Temerosa)

¿Yo?

LEVER.-

¿Quiere acercarse?

(Ana lo hace)

Usted usa, de seguro, algún perfume.

ANA.-

¿Es malo?

LEVER.-

¿Quién dice eso?

ANA.- Una es mujer... A una le gusta componerse...

LEVER.- ¿Cómo se llama el que usted usa?

ANA.- "Noche de Venecia".

LEVER.- ¡Estaba seguro!.

(A los demás)

Estos billetes, los cinco mil dólares, huelen a un perfume fácil de reconocer: a "Noche de Venecia".

(Movimiento en todos)

MARGA.-

(Estupefacta y decepcionada)

¿Entonces... ha sido Ana?

LEVER.-

Sería demasiado sencillo el problema. He recorrido los cuartos de todas las señoras y en todos he encontrado un tarro de "Noche de Venecia". He aquí el inconveniente de la "reclame". Todas ustedes han comprado el perfume de moda, incluso la criada!

GUILL.-

(Con intención)

De la influencia de la publicidad en las investigaciones policíacas.

LEVER.-

(Mirándole de soslayo)

Sí; pero no se chancee tan pronto, cabe-

llero. La verdad no tardará en resplandecer. No era un asunto fácil. Yo, cuando vine, esperaba encontrarme ante un crimen horrendo o un robo misterioso; y me hallé con algo más extraordinario; con algo excepcional: no había que buscar a un malhechor; había que descubrir a un bienhechor. Y esto excede los límites de las previsiones policiacas. ¿Quién es? ¿Dónde está? Aún no lo sé. El culpable se cree seguro y, tranquilamente, se oculta. Ha tomado sus precauciones y se imagina que no será descubierto. Pero... ¡se equivoca!

(Con energía y elevando, an-
(nazador, el índice de su ma-
(no derecha.

Yo necesito encontrar ese corazón todavía en buen uso, que se conduele de las desgracias ajenas. Yo lo hallaré muy pronto, ¡y le arrancaré la máscara con que se oculta! ¡Un corazón! ¡Un corazón que palpita generoso! Parece imposible; pero existe. Hasta muy pronto, señoras y señores...

(Sale vivamente por el fondo.
(Todos los circunstantes que-
(dan silenciosos e incómodos.
(Y comienzan a tomar unos sor-
(bos de té, mirándose con rece-
(lo unos a otros.

NARTU.-

(Rompiendo el silencio.)

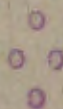
¡Quisiera yo saber quién es el sinver-
guenza que me dejó los cinco mil dólares!.

T E L O N

Guillermo Fernández Shaw.

SE NECESITA UN CORAZON EN BUEN USO.

ACTO TERCERO.



ACTO TERCERO

La misma decoración. Por la noche. Las lámparas están encendidas.

(GODOFREDO, GUILLERMO, PATRICIA, ELENA y NARTUBY, unos sentados y otros de pie, pero todos con el mismo aire aburrido y molesto del final del acto anterior.)

GODOFREDO.—

(Después de una enojosa pausa.)

Dame siquiera uno de tus cigarros.

NARTUBY.— No sé si puedo tocar el paquete.

GODOF.— ¿Por qué?

NARTU.— Acaso el detective quiera examinar las huellas digitales.

GODOF.— ¡No se puede ni fumar!

GUILLERMO.— Perdonas que te lo diga: has podido aliviarnos, durante la comida, de la molesta compañía de tu detective. No hace más que vigilarnos... ¡y tú le sientas entre nosotros!.

PATRICIA.-- Debió tener él la delicadeza de no aceptar.

NARTU.-- ¿Dónde querían ustedes que se fuese? Estamos en pleno bosque; y no creo que, porque a mí no hayan hecho un regalo, tenga ese pobre que acostarse en ayunas.

GUILLER.-- Conforme; pero es terrible comer teniendo enfrente una mirada hostil y escrutadora.

NARTU.-- ¿Y eres tú el que tratas de negocios en las comidas?

GODOF.-- Yo lo que sé es que no puedo probar bocado.

ELENA.-- Ya lo ha visto. No tiene usted la conciencia tranquila.

GODOF.-- ¿Y entonces, usted? Porque tampoco tocó sus platos.

ELENA.-- Lo mío es otra cosa. ¡Yo cuido mi línea!

PATRI.-- (A Elena, mientras que Godofredo se encoge de hombros.)

¿Tu línea... sentimental?

ELENA.-- Me he propuesto, Patricia, no contestarte hasta que todo se ponga en claro. ¡Porque hay que ponerlo en claro cuando mi-

tes!

TODOS.-

(Con distintas frases al mismo tiempo.)

Desde luego.- ¡No faltaba más!.- Ahora mismo.- etc.

ELENA.-

¡Cuanto antes, mejor! ¿Qué hace el detective?

NARTU.-

Está en el jardín. Medita.

ELENA.-

¿Medita? ¡Qué ilusiones! ¡Digiere! Digiere una comida espléndida.

GODOF.-

¡Es el colmo! Mientras que a mí se me atraviesa lo poco que comí.

CARLOS.-

(A Nartuby)

Lo que yo no comprendo es por qué sintió usted la necesidad de avisar a un policía.

NARTU.-

El dinero, querido Carlitos, nunca cae del cielo. Y cuando parece que cae del cielo es que cae del infierno. Desde que me dejaron esos dólares tengo la impresión de que he vendido mi alma al diablo...

CARLOS.-

¡Qué miseria!

NARTU.-

¡No, no! Un dinero que brota como una so-

ta tiene muchas probabilidades de ser venenoso.

GODOF.- Si así lo tenes, llama al Comisario.

NARTU.- No se trata de eso. Lo que me molesta no es el dinero, sino tener que preguntarme de donde viene.

PATRI.- ¿Y por qué lo preguntas a gritos?

GUILL.- Tiene razón. Te has lanzado gritando: "¡Ahí va un bienhechor!" y has atemorizado a todo el mundo.

GODOF.- Al principio, yo no concedí a esto la menor importancia; pero ya veo que puede ser desagradable.

CARLOS.- Perjudicial.

ELNA.- ¡Peligroso!

NARTU.- (Ya nervioso)

Pues terminemos de una vez: ¡confíese al culpable!

TODOS.- (Al mismo tiempo, como antes.)

¡No seas cándido! - ¡Qué fácil es decirlo! - Pero, ¿qué se ha creído? - Etc.

NARTU.- (Después de breve pausa)

¿Lo véis? No hay que esperar que nadie

lo haga espontáneamente.

PATRI.- ¿Por qué?

NARTU.- Porque su confesión ahora sería pública.
Hay que esperarlo todo del detective.

GUILL.- Siempre que no sea un cretino.

(Pausa)

NARTU.- ¿Jugamos un "bridge"?

GODOF.- No, gracias. Si pierdo, dirán ustedes
que me dejo ganar.

NARTU.- Voy a preguntar a Leverdon si puede co-
ger los cigarros.

(Sale por el fondo. Vuelve a
(reinar un silencio embarazoso
entre los presentes.

CARLOS.- ¿Para qué esperar más? ¿Por qué no con-
fiesa el que sea? Después de todo, es
un bonito rasgo. La persona capaz de
regalar cinco mil dólares no deja de
ser simpática.

(Mientras que ha hablado, no
(ha cesado de mirar a Godo-
(fredo.

GODOF.-

(Dándose por aludido)

¿Otra vez con sus insinuaciones?

(A Guillermo)

Usted, Hamilton, que me conoce hace veinte años, ¿me ha visto jamás hacer cosa semejante?

CARLOS.- No. Yo tampoco le he visto. Pero...

(Señalando a la caja de caudales.)

...si lo hacía usted a escondidas...

GODOF.- ¡Eso es absurdo! Todo el mundo sabe que soy avaro. ¿Por qué regla de tres iba a ayudar a Max?

CARLOS.- ¡Hombre! Usted explotó los productos farmacéuticos inventados por Nertuby, y ganó una buena fortuna.

GODOF.- ¿Y qué?

CARLOS.- ¡La gratitud!

GODOF.- ¿La gratitud? ¿Ha visto usted jamás a un hombre de negocios agradecido a quienes le proporcionaron su fortuna?

CARLOS.- Si es persona justa y razonable...

GODOF.- ¡Este hombre no piensa más que cosas absurdas!

(Se ha vuelto a Guillermo
(como pidiendo su asentimiento.)

GUILL.- Pero no sería inverosímil que usted ha-

biese hecho con Hartaby un negocio demasiado redondo... y le hubiesen quedado remordimientos.

GODOF.- No he hecho en mi vida más que negocios... de esos, y jamás me ha remordido nada. Mientras que usted, quizás, no pueda decir lo mismo.

GUILL.- ¡Yo?

GODOF.- Recuerde el asunto Vernon. Si aquel desgraciado no fué declarado en quiebra, fué porque usted se opuso.

GUILL.- ¡Y qué?

GODOF.- Eso es un acto de bondad.

GUILL.- ¡No, hombre! Fué vista de comerciante. Al salvar a Vernón doblé mi capital.

ELENA.- ¡Qué fácil es decir, cuando ha pasado, que se sirvió a la gente por interés!

GUILL.- (Saltando en su asiento)

¡Pero si toda mi carrera no es otra cosa que falta de generosidad! ¡Y bien sabe Dios que, en mi oficio, hay ocasiones para tenerla! ¡Marchante de cuadros! Trato constante con pintores hambrientos,

con artistas geniales, con nobles armu-
nados... ¡Desafío a quien me cite un solo
case de compasión por mi parte!.

ELENA.- ¡Conformes! Pero no olvidemos que fué
usted compañero de trinchera de Max.

GUILL.- ¡Verdad! Podimos morir juntos en la gue-
rra. ¡Pero de eso a darle cinco mil dóla-
res en la paz!...

CARLOS.- ¿Y no hemos visto cien veces su nombre
en las listas de suscripciones?

GUILL.- ¿Eso es síntoma de buen corazón? ¡No me
haga usted reír! Cuando se adquiere una
posición, no se puede negar un donativo.
Es como si usted me dice que, por gene-
rosidad, figuro en las listas del fisco.

ELENA.- ¡Se sale usted, amigo, por la tangente!

PATRI.- ¿Y por donde te sales tú, que eres miem-
bro del Comité de una obra piadosa?

ELENA.- ¡Ah! ¿Pero es que las señoras forman los
Comités piadosos por bondad? Cuando las
mujeres se reúnen, lo hacen para lucir
sus "toilettes" o para murmurar entre
ellas. Lo de menos es el pretexto...

CARLOS.- Eso es verdad.

PATRI.- También es cierto que Elena tiene un indudable interés en salvar de la ruina a sus parientes.

ELENA.- Te concedo que se dé dinero a un pariente, pero jamás que este lo ignore. ¡Lo natural es recordárselo toda la vida!

GODOF.- ¿Y la incoherencia de las mujeres?

CARLOS.- ¡Y de una mujer rica! ¿Qué son para ti cinco mil dólares?

ELENA.- Esa no es razón para darlos. Al contrario: cuanto más pequeña una fortuna, menos interesado su dueño.

GODOF.- Entonces reconozcan ustedes que la mía no es floja.

GUILL.- (Rápido)

¡Ni la mía!

CARLOS.- Ni la mía. Como que no existe.

ELENA.- (A Patricia, con intención)

Entonces, la tuya...

(Patricia se encoge de hombros.)

Y ahora que caigo en una cosa:

(A todos)

Patricia y Margarita se educaron juntas.

PATRI.- ¿Y eso?...

CARLOS.- (Sentencioso)

¡La amistad!

PATRI.- ¿La amistad entre mujeres? Permítame que me sonría...

GUILL.- Hay ejemplos históricos.

PATRI.- ¡También hay buyes que vacían!

(Entra HARTUBY)

GUILL.- No; permítame, Patricia. Ustedes jugaron mucho de niñas, fueron juntas al colegio, se querían entrañablemente....

PATRI.- Entonces, ¿usted cree que he sido yo?

GUILL.- No digo tanto. Yo, hasta ahora, sospechaba del señor Drac.

(Por Carlos)

ELNA.- De éste, yo respondo: es incapaz de cosa parecida.

CARLOS.- Gracias.

(A Guillermo)

¿Por qué iba a ser yo, vamos a ver?

(A Patricia)

Bueno: usted me lo explicó: porque me había enamorado de Margarita; pero eso

era una idiotez.

(A Nertuby)

Y usted perdone.

NARTU.- De nada, hombre.

CARLOS.- No. Si Margarita es bella, es simpática; pero no me gusta. ¡Perdone otra vez!

NARTU.- (Riendo)

¡Está usted en su derecho!

CARLOS.- Y, aunque me gustase, aunque me hubiese enamorado, ¿le iba por eso a regalar dinero? ¡Sería el mundo al revés! Puedo probarlo.

(Mostrando lo que va diciend-
(do.

Esta petaca me la dió Lili... Este alfiler,

(El de la corbata)

Floriana; esta sortija, la señora Smith... ¡Lo natural, señor! lo natural!

NARTU.-

(A Ana, que entra con una
(bandeja y copas de licor.

¡Ya era hora de que trajeses los licores!

ANA.-

Es que me entretuve con el guarda... ¡El pobre Matías! Me contaba lo de su hija:

todos los cuidados con pocos. ¡A una edad como esa! ¡Ay, Señor!...

NARTU.- Bien; está bien. Déjalo todo.

(Ana sale por donde vino)

GODOF.- ¿Y qué me dicen ustedes de la criada?

¿Por qué no la criada?

NARTU.- ¿Te burlas?

GODOF.- (Serie)

Es caritativa con los pobres.

NARTU.- Pero no creo que, porque dé un pedazo de pan a un mendigo...

GODOF.- ¡Oh! Quien hace un cesto hace ciento.

NARTU.- (Desentendiéndose de él)

Que cada uno se sirva lo que quiera.

(Va a la caja de candiles)

Yo os daré los cigarros: me ha autorizado el detective para tocar el paquete.

GODOF.- ¡No! No vuelvas a abrir la caja: ¡eres capaz de encontrar más dinero dentro!

GUILL.- Y, si no, lo encuentra el detective.
Te advierto que, si este no descubre al autor de aquí a mañana, ¡yo traigo otro!
¡No podemos seguir bajo esta acusación!

NARTU.- Comprendo que la atmósfera se ha hecho irrespirable.

GODOF.- ¡Claro! Un ser generoso, desinteresado, es un anomal. ¡Tenemos, pues, un loco entre nosotros!

LEVERDON.- (Que entra por el fondo)

¡La hora de los licores es un momento eufórico. Perdóneme si vengo a perturbarles.

NARTU.- (Desabrido)

No creo que esté en la euforia ninguno de los presentes.

LEVER.- Estuve recordando frases, confrontando datos... y hay un punto obscuro, que no quisiera dejar de poner en claro antes de acostarme.

NARTU.- Usted dirá...

LEVER.- Señor Gardon...

GODOF.- (Que en este momento, sirviéndose, tiene en las manos una botella y un vaso.)

¿Yo?

LEVER.- Usted. En la reconstitución de esta tarde, rogué a todos que tuviesen los mis-

mos gustos, dijese las mismas palabras y ocupasen los mismos sitios... ¡los mismos sitios!... que la víspera.

GODOF.- Eso hemos hecho.

LEVER.- ¿Exactamente?

GODOF.- Por mi parte, desde luego.

LEVER.- Y yo lo creí así. Cuando el señor Hartuby, estupefacto, encontró en la caja los dólares y gritó, todos ustedes vinieron aquí. Y, según la reconstitución, quedaron colocados: el señor Hartuby, cerca de la puertecita; la señora Hartuby, en ella misma; el señor Frac, casi el pie de la escalera; en la misma escalera, por este orden, la señora Cantel, la señorita Capelan y el señor Hamilton... Y usted, señor Gardon, aquí:

(Indica el sitio donde se encontraba Godofredo al final del primer acto.

cerca de la puerta del jardín.

(Godofredo se turba un poco)

¿Usted venía de fuera?

GODOF.- Sí.

LEVER.- ¿Cómo me dijo, entonces, que venía de

su cuarto?

GODOF.- Yo no le he dicho que viniese de mi cuarto.

LEVER.- (Reflexiona y dice:)

Cierto; no me lo dijo. Pero me lo dió a entender. ¿Qué hacía usted fuera de casa una hora después de que todo el mundo se hubiese recogido?

GODOF.- (Molesto)

¡Eso no le importa a usted!

LEVER.- Le prevengo que soy obstinado.

GODOF.- ¡No tiene nada que ver con sus pesquisas!

LEVER.- Soy yo quien lo debe juzgar.

GODOF.- (Turbado, mira la botella
(que conserva en la mano y
(dice sin apartar de ella la
(vista

Pues bien, sí...

(Levantando orgullosamente la
(cabeza.

Fui a casa de Matías el guarda... ¡para
hablar con su hijo!

(Movimiento de sorpresa en
(todos.

PATRI.- ¡Oh!...

GODOF.- (Casi con arrogancia)

¡Eso es! Una cita... Lo confieso...

LEVER.- Pero... la hija de Matías es muy joven.

GODOF.- ¿Y eso qué importa?

LEVER.- ¡Al contrario! ¿Me permite usted, señor Martuby, que llame a la criada?

MARTU.- ¡La llamo yo!

(Oprime el botón del timbre.
(En seguida, por la puerteci-
ta, aparece ANA.

LEVER.- Ana, haga el favor: vaya a casa de Matías y tráigame a su hija.

ANA.- (Sorprendida)

¿A su hija?

GODOF.- ¡Pero eso!...

LEVER.- (Con energía)

¡Es necesario!

(A Ana)

¡En seguida! Gracias.

(Ana sale. Godofredo, furioso, se derrumba en una butaca. Leverdon le mira y se dirige inmediatamente a Guillermo.

¿Señor Hamilton?

GUILL.- ¿También yo?

LEVER.- Me gustaría saber a quién escribió usted anoche, aquí.

GUILL.- ¿Qué invento es ése? Yo no he escrito a nadie.

LEVER.- ¡Aquí, en esta carpeta.

GUILL.- ¡A nadie!

LEVER.- Entonces, ¿no es de usted la letra que aparece en el papel secante?

GUILL.- (Irónico)

Por esta vez, fracasa su perspicacia, querido amigo.

(Godofredo saca disimuladamente del bolsillo una carpeta, que conserva en la mano, procurando que no se lo vean.

LEVER.- (A Guillermo)

¿Tendría inconveniente en enseñarme algo escrito por usted?

GUILL.- Le copio, si quiere, una columna de periódico.

LEVER.- Me basta ver su talonario de cheques.

GUILL.- (Franciando el entrecejo)

¿Por qué?

LEVER.- En las matrices de los talones habrá,

seguramente, palabras, cifras...

(Godofredo ha conseguido encontrar la carta debajo del cojín de la butaca.

GUILL.- ¡Sea!

(Busca en sus bolsillos inútilmente.

Pero... lo tengo en mi cuarto. ¿Me permite usted?

LEVER.- (Sonriendo)

Muy agradecido.

GUILL.- Vuelvo al instante.

(Se va por la escalera)

LEVER.- (Amable, a Godofredo)

Perdóneme, señor Gardon, si fui indiscreto.

GODOF.- (Brusco, arrellanándose en la butaca.

¡Perdonado!

LEVER.- ¿Cuándo salió usted anoche de su cuarto?

GODOF.- Un cuarto de hora después de haber subido.

LEVER.- ¿Y nadie lo oyó salir? Una cortina que se descorra, suena en el silencio de la noche.

GODOF.- No tuve que descorrerla. Únicamente abrí

la puerta del cuarto.

LEVER.- Un último ruego y prometo dejarle en paz.

¿Quiere usted coger esa carpeta?

GODOF.-

(Sorprendido)

¿Yo?

LEVER.-

¿No quiere usted?

GODOF.-

(Levantándose)

Si es para acabar...

(Va a la mesa endonde está

la carpeta.

¿Qué hago ahora?

CARLOS MANUEL FERNÁNDEZ SHAW

LEVER.-

(Yéndose, negligentemente

(hacia la butaca que ocupa-

ba Godofredo.

Tenga la bondad de abrirla.

(Se sienta)

Ponga el papel accanto delante de un espejo; y lea usted en el espejo lo que está impreso en el papel.

GODOF.-

(Mirando)

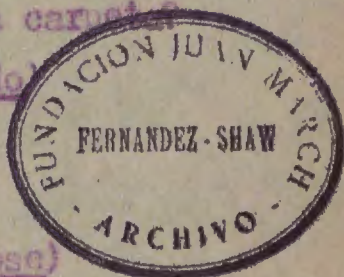
Aquí no veo más que un berrón.

(GUILLERMO vuelve y se detie-

ne en la escalera.

LEVER.-

Me gustaría saber si usted descifra lo mismo que yo. A mí me parece leer: una



T mayúscula; después, una e; luego, una s... Tes... Después no se entiende ya. Y una raya por debajo.

(A los demás)

Me ha parecido adivinar la palabra 'Testamento' subrayada, como cuando se escribe, por ejemplo, en un sobre.

(A Godofredo)

¿No le parece?

GODOF.- Es posible.

LEVER.-

(Con su sonrisa habitual)

Podamos comprobarlo.

(Sigue sentado en la butaca, mirando al techo; pero su mano saca de debajo del cojín la carta de Godofredo.)

"Testamento". ¡Pues es verdad!

GODOF.- ¡Esto es una infamia!

(Tirando la carpeta, indignado.)

LEVER.- Es una confesión.

GODOF.-

(A Leverdon)

¿Una confesión de quién? ¡Tengo el derecho de escribir mi testamento! Ayer, en efecto, cuando llegamos, mientras que

las mujeres arreglaban la casa, yo no sabía que hacer... Me aburría... Acabábamos de atravesar el bosque... Su calma solemne, su soledad, me hicieron pensar en la muerte... Y se me ocurrió hacer mi testamento. ¡Le prevengo que yo escribo mi testamento una vez al mes! No creo que tenga nada de extraño.

LEVER.- Absolutamente nada. Lo único extraordinario es que lo oculte usted en las butacas.

GODOF.- Eso es porque...

LEVER.- Eso es porque usted tuvo miedo de que yo le preguntara qué había escrito.

(Godofredo le vuelve la espalda.)

No tengo más remedio que abrir el sobre...

GODOF.- (Dándole de nuevo la cara)

¡Ábralo en buen hora! ¡Ábralo usted! ¿Qué cree que va a descubrir? Después de todo, algo bien sencillito: que lego la mitad de mi fortuna a un Asilo de ancianos y la otra mitad a una Obra antituberculosa.

TOBOS.- ¡Oh!

GODOF.- ¿Tiene nada de particular?

(A Leverdon)

¿Está usted satisfecho de haberme obligado a confesarlo? Y, después de todo, esto ¿qué prueba? Dar un dinero, cuando ya no se puede disfrutar de él, no ha sido nunca generosidad.

LEVER.-

(Irónico)

No. Es filantropía.

MARGARITA.-

(Acomodando en la puertecita)

Mandó usted a Ana a buscar a la hija de Matías. ¿Es preciso que la traiga aquí?

LEVER.-

Si no hay inconveniente...

(Una pequeña pausa expectante. Entra MARGARITA seguida de ANA que trae un bebé en brazos.)

ANA.-

Aquí tiene usted a la hija del guarda.

LEVER.-

(A Godofredo)

¿Con esta joven se citó usted anoche?

GODOF.-

¿No hay más que esta hija del guarda?

ANA.-

Nada más.

GODOF.-

Entonces, ¿por qué dijo usted que Matías tenía que preocuparse por la edad

de su hija?

ANA.- Porque está en la edad de echar los dientes, de criarlo...

GODOF.- (Entre dientes)

¡Idiota!...

LEVER.- Usted, señor Gardon, no salió anoche atraído por una cita amorosa. Usted ha inventado eso porque le parecía menos grave que lo que, en realidad, hizo usted... y yo no ignoro. Usted salió, señor Gardon, porque la noche estaba hermosa, los árboles cabeceaban arrullados por la brisa, las estrellas parpadeaban dulcemente... y usted tiene un alma sensible. Usted pasó, pensó, soñó... ¡Usted, señor Gardon, hizo unos preciosos versos! Todos esos versos que acabo de encontrar en su cuarto... y que son de una ternura encantadora.

GODOF.- (Furioso, haciendo mutis por el fondo.)

¡Es intolerable! ¡Usted se acordará de mí!

LEVER.- (Tranquilo, a Ana)

Puede llevarse a la señorita.

ANA.- Le dará un buen biberón, si le parece.

(Sale. En este momento, hay
(entre los presentes un ligero
borbotón de comentarios.

TODOS.- (Al mismo tiempo)

¡Quién iba a decirlo! - ¡Un banquero,
pasta! - ¡Mira que hacer versos! - ¡Cómo
lo ocultaba! - Etc.

MARTU.- Entonces... ¿ha sido él?

LEVER.- No corremos tanto. Es un buen corazón;
pero ¿es el corazón que buscamos?

(Se vuelve hacia Guillermo)

Ya sabía yo que la escritura del secante
no era la suya. Aparenté sospechar de
usted para que se confiase el señor Gordon.

GUILL.- Usted es un bribón.

LEVER.- Un bribonzuelo nada más. Pero le pido
perdón: le hace buscar su libro de che-
ques para nada.

GUILL.- Y lo peor es que no encuentro el talo-
nario. No sé donde lo he podido dejar.

LEVER.- (Sacándolo de un bolsillo)

Aquí lo tiene.

GUILL.- ¡Hombre! ¿Es usted... cartierista?

LEVER.- Siempre que es preciso. Pero no tenga temor: se lo devuelvo...

GUILL.- (Tendíndole la mano)

Gracias.

LEVER.- Se lo devuelvo en cuanto me explique usted unas cosas que no entiendo. Yo miro la matriz del último cheque arrancado de su talonario.

GUILL.- (Frustra las cejas)

¿Y qué?

LEVER.- Y compruebo en seguida que es de fecha de ayer. Aquí está. Tiene las indicaciones siguientes: A. B. 250 dólares. Y encuentro en otro talón de hace tres meses, lo mismo: A. B. 250 dólares.

GUILL.- (Arrogante)

No tengo que dar cuenta a nadie de mis asuntos personales.

LEVER.- Es natural. Pero yo puedo y debo hacer unas ligeras observaciones. Debo fijarme, por ejemplo, en que A. B. son las

iniciales de la criada de esta casa: Ana Blake. Debo recordar también que ella estuvo antes a su servicio; comprobar que 250 dólares, o sea 9.000 francos, son muchos francos para una propina, y considerarme lo suficientemente bribón para haberme dado cuenta de que la escena con Ana que usted reconstituyó esta tarde, delante de mí, no es la que en realidad tuvieron ustedes anoche.

(Volviéndose hacia los demás)

Porque, señoras y señores, si yo he hecho estas reconstituciones ha sido tanto para saber aquello que ustedes me decían como para comprender aquello que se callaban.

(A Guillermo)

Y, por lo que veo, señor Hamilton, usted, con su entrecejo hostil y su mentón empujador, no me parece demasiado bien dispuesto a responderme ahora.

GUILL.- No se equivoca usted.

LIVER.- (A Carlos, que esté cerca de él.)

¿Me hace el favor de buscar a Ana?

CARLOS.- Encantado.

(Sale)

GUILL.-

(Violento)

Yo me opongo a este ridículo interrogatorio. ¡Ya es bastante cuento!

(A Martaby)

¿Quieres rogar a tu detective que me deje tranquilo? Yo te doy mi palabra de honor de que, ni por un segundo, he tenido la idea de socorrerte.

LEVER.-

Sea usted lógico, señor. Pretende ser un hombre incapaz de un noble sentimiento... ¡y empieza dando su palabra de honor!

(Entra, ANA)

Ana...

GUILL.-

(Alterado)

Ana, yo...

LEVER.-

(Seco)

¡Silencio!

(A Ana)

No olvide usted, Ana, que soy policía y piense en lo que puede costarle una falsa declaración. Antes no se ha dicho us-

ted la verdad.

ANA.- Yo, señor...

LEVER.- (Con autoridad)

No. Yo le rogué, como a todos, que me repitiese exactamente, palabra por palabra y gesto por gesto, las escenas que ayer tuvo usted aquí. Y... o usted mintió o no lo dijo todo.

ANA.- Tiene razón, señor.

LEVER.- (Mirando triunfalmente a Guillermo.)

¡Ah!...

(Murmullos generales)

ANA.- Pero yo creí que eso no tenía importancia. Y cuando ví que el señorito Carlos no hablaba de ello, me pareció oportuno callarme también.

LEVER.- (Sorprendido)

¿Quién ha dicho usted?

ANA.- El señorito Carlos.

(Nuevos murmullos)

LEVER.- (Mandando callar)

¡Chsst!...

(A Ana)

¿Qué hizo el señor Drac?

ANA.- Me pidió noticias del herido.

LEVER.- ¿De qué herido?

ANA.- Eduardo. El hombre por quien dió su sangre.

TODOS.- ¡Oh!...

PATRI.- ¿Carlitos ha dado su sangre?

ANA.- Sí, señorita. A un fontanero.

MARGA.- (Decepcionada)

¡A un fontanero!...

ANA.- Un fontanero, que reparaba el tejado de zinc de un hotel que él tiene en el campo... para recibir a algunas señoras. Estaba el pobre hombre muy malito. Lo trasladaron al Hospital; pero no tenía ni gota de sangre: se moría... Entonces el señorito Carlos ofreció la suya... y lo salvó. Yo estaba en el hotel casualmente, porque en los días de salida,

(A Margarita)

-¿sabe la señora?- voy a dar un barrido a las habitaciones.

(A Leverdon)

Por eso me enteró. Pero el señorito me pidió que no dijera nada de esto... ¡yo

no sé por qué.

LEVER.-

(Suavemente)

Yo sí lo sé.

(Pausa)

Está bien, Ana.

ANA.-

¿Me puedo retirar, señor?

LEVER.-

Sí. Se puede marchar...

(Ana se dirige a la puerta.
(Guillermo respira visible-
mente. Cuando Ana va a salir,
(Leverdon, sin moverse, conti-
núa su frase.

...a hacer su maleta, naturalmente.

ANA.-

(Estupefacto)

¿Mi maleta?

LEVER.-

Para ir a la cárcel.

ANA.-

¡Oh!

LEVER.-

(Yendo a ella, vivamente)

Si usted ha declarado lo que el señor
Drac le pidió que no dijese, ¿por qué
no confiesa lo que el señor Hamilton le
obligó a callar?

ANA.-

(Viéndose perdida, mira a
(Guillermo.

¡Pero...!

GUILL.-

(Imperativo)

¡Ana!

LEVER.-

(Rápido y brutal)

¡Responda usted! ¿Por qué el señor Hamilton le da doscientos cincuenta dólares cada tres meses?

ANA.-

(Decidiéndose a confesar)

No son para mí. Son... para su esposa.

(Sorpresa general)

GUILL.-

(Furioso)

¡Imbécil!

ANA.-

¡Oh, señor! ¡No quiero ir a la cárcel!.

ELENA.-

(Como quien ve visiones)

¿Es usted casado, Hamilton?

GUILL.-

(Rabioso)

Lo he estado.

ANA.-

¡Y bien a su pesar, pobre señor! Esa mujer ha sido su perdición.

GUILL.-

Pero, ¿quiere usted callar, idiota?

ANA.-

(Que ya está lanzada)

Yo estaba a su servicio: ¡figúrense si lo sabré! No tenía que ser curiosa para enterarme. ¡Hay cosas que entran por los

ojos! Estaba ella por el quinto... pretendiente cuando comenzó el señor a darse cuenta de algo.

GUILL.- ¡No callarás! ¡No callarás!...

(Se va a grandes zancadas por la puerta del fondo. Los muros rodean a Ana.)

MARGA.- ¡Es insautito! ¡Hamilton, casado!

ELENA.- ¡Y engañado!

PATRI.- Jamás nos dijo nada.

ANA.- Vivía en los Estados Unidos entonces.

Y un día, ante la traición de ella, el señor pidió el divorcio.

LEVER.- Pero, ¿los nueve mil francos?...

ANA.- Porque ella volvió en su busca. Estaba enferma y en la miseria. El la echó de su casa; pero desde entonces me da para ella doscientos cincuenta dólares al trimestre... la condición de que nadie sepa que los da.

LEVER.- (Sonriendo)

¡Claro!

ANA.- No quiero esto decir que la quiere. ¡Me consta que no la puede ver! ¡Pero es su

estado tan lamentable! No es amor... Es
piedad. Creame.

LEVER.-

(Como antes)

Ahora, sí.

GUILLERMO.-

(Que vuelve)

¿Ha terminado? ¿Ya estoy bien en ridículo?

MARGA.-

Pero, querido amigo...

GUILL.-

¡Oh, no! Nada de condolencias.

(A Elena)

Sí, después de todo eso, me arriesgaba a
casarme otra vez, probaba, -creo yo,- mi
valentía.

(Se siente abrumado en una
butaca. Vuelve CARLOS.)

CARLOS.-

¿Qué? ¿Se ha encontrado ya a ese bienhe-
chor?

NARTU.-

Casi.

ELENA.-

(Mirándoles y con ironía)

Ya aparecieron tres almas sensibles.

CARLOS.-

No me extraña. Cuando pienso que se me
acusaba de...

PATRI.-

(Irónica)

¡De filantropía!

CARLOS.- ¿Yo? ¡Para morirse de risa, hombre! Para morirse!

(Rio. A Martuby)

Perdóneme por mis palabras de antes. Pudieron molestarle y me ruborizo sólo de pensar...

PATRI.- Ya sabemos que usted no tiene sangre fría.

CARLOS.- (Sorprendido por el tono)

¿Quién? ¿Yo?

MARGA.- Es natural ruborizarse cuando se tiene sangre en las venas.

CARLOS.- (Turbado)

¿Cómo?

GUILL.- No se canse. Saben ya lo del fontanero.

CARLOS.- ¡Oh!...

MARTU.- Sí, querido Carlitos. Pierde usted el tiempo presumiendo de insensible.

CARLOS.- ¡Oh!...

(Se sienta en otra butaca, enfrente de la de Guillermo).

GODFREDO.- (Entrando, todavía malhumorado).

Señor detective: vengo a revelarle un detalle, que antes no le dí porque...

Porque no quería decir que había salido de la casa. Pero, puesto que usted lo sabe ya...

LEVER.- Diga usted... y agradecido.

GODOF.- Cuando bajé al jardín, no me alejé apenas de la casa. Todo estaba apagado; todo en silencio... Pero yo pude oír bien claramente...

NARTU.- ¿Qué?

GODOF.- Que alguien lloraba.

CARLOS.- ¡Es el colmo!

(Sorpresas de todos)

LEVER.-

(A Martu)

Viendo su desesperación, alguien se impresionó tanto que lloró.

NARTU.- ¡Es inaudito!

(Mira a todos con timidez)

¿Quién de vosotros me quiere tanto?

LEVER.-

(A Godofredo)

¿Y era hombre o mujer quien lloraba?

GODOF.- Es difícil conocer el sexo de una congoja.

NARTU.- ¡Claro! Todas son lo mismo.

GODOF.- No es eso. Hay mujeres que lloran como los hombres y hombres que sollozan dando gritos histéricos.

ELENA.- Y usted, ¿qué sabe?

GODOF.- Soy banquero. He asistido a muchos cracks.

LEVER.- Pues yo creo, señor, que ha sido una dama. Porque yo le agradezco su informe; pero ya sabía lo del llanto. Esta tarde encontré aquí mismo un pañuelo. Fué abandonado sin duda anoche por una mano nerviosa que se acercó a este barandal. Estaba todavía húmedo cuando lo cogí. Era un pañuelo pequeño... femenino por tanto. Pero debo confesar mi inexperiencia: no tuve la precaución de guardármelo y lo coloqué en esta mesa. Cuando volví, había desaparecido. ¿Queréis creer que aún fué mayor mi inexperiencia? Ni me fijé en su dibujo, ni en su bordado, ni en sus iniciales. Grave falta: porque, como la propietaria no se apresurará a declarar que es de ella... ¿Verdad, señores?...

MARGA }
ELENA }.- Pero...
PATRI }

LEVER.-

(Sin escucharlas)

...Estoy verdaderamente perplejo. Por fortuna...

(Se detiene)

¿Me quieren dar las tres las barras de sus labios?

MARGA.- ¿Por qué?

PATRI.- Como quiera.

ELENA.- Aquí la tiene.

(Han dicho sus frases las tres casi al mismo tiempo. Y las tres le han entregado sus barras.)

LEVER.-

(A cada una)

Gracias. Gracias. Gracias.

(Ha tomado las barras y, según va hablando, traza con cada una de ellas una pincelada de rojo: en el dorso (de su mano izquierda, en el (de su mano derecha y en la muñeca izquierda.

Por fortuna, repito, me fijé bien en una cosa: en que el pañuelito, en cuestión, estaba pintado de rojo. Ahora...

(Devuelve a cada uno su barra)

Gracias. Gracias. Gracias. Ahora... Yo conozco por el sabor los distintos rojos de labios; soy hombre y soy francés.

(Va probando con los labios los trazos que se marcó en las manos. Entre el 2º y el 3º dice:

Mi abuelo fué un gran degustador de "champagne".

(Prueba el tercer trazo, baja su mano y mira a Patricia.

Señore...

PATRIC.-

(Contrariada)

¿Eh?

LEVER.- "Rojo Gitanille" de Cotinard.

PATRI.-

(Con arrogancia)

Bueno, ¿y qué? Soy yo. Yo, quien llené de lágrimas mi pañuelo. Yo, quien lloré por la más absurda de las tonterías. Y os diré, además, por qué lloré, antes de que usted, con su impertinente insistencia, me quiera obligar a ello. Lloré porque, sin poderlo remediar, tengo cariño a esta imbécil

(Por Martuby)

y a esta idiota.

(Por Margarita)

NARTU.-

(Estupefacto)

¿Qué?

MARGA.-

(Lo mismo)

¿Cómo?

(Se miran asombrados)

PATRI.-

Tanto les he querido que renuncié a casarme con él, para que ella fuese feliz. Y ellos no habrán dudado del sacrificio que hice.

NARTU.-

Pero, vamos a ver, Patricia. ¿No era por complacer a mi tía por lo que me mirabas con buenos ojos?

PATRI.-

¿Cuando yo digo que eres imbécil! Llegué a quererte con locura.

MARGA.-

Entonces, ¿cómo te prestaste a ser mi dama de honor?

PATRI.-

¿Cuando yo digo que eres idiota! Figuré en tu Corte de amor sin poderme tener de pie: sostenida por la fiebre de mi sacrificio! Eras mi compañera de la niñez, mi amiga predilecta, mi casi her-

mana. Cuando me dijiste: "Me muero si no me caso con Max", creí que decías la verdad.

MARGA.- ¡Y era verdad!

PATRI.- ¡Ah, no!. Ahora sé que habieras llorado ocho días... Si quieres, quince... Pero nada mas. Yo entonces te creí, porque tenía diecisiete años y me pareció un gesto magnífico sacrificar mi corazón.

(A Nartuby)

Y me fui a ver a tu tía para decirle que no me casaba contigo a ningún precio... porque te encontraba absolutamente vulgar.

NARTU.- ¿Me encontrabas vulgar?

PATRI.- Entonces, no. Mentía. Pero, ahora, sí: vulgar y bobalición... ¡y lamentable!

NARTU.- ¡Pero Patricia!

PATRI.- Si te he dicho que te quería, déjame decir toda la verdad. Ahora veo que eres un desgraciado, un alma ruin. ¡Por eso lloré anoche! No con sollozos de piedad,

sino con lágrimas de rabia. "Pensar, -me decía,- que todas las locuras que he hecho en mi vida han sido por la desesperación de perder a ese fantoche, a ese misero, que llora como un niño porque ha perdido cuatro cuartos en un mal negocio"....

NARTU.-

(Azarado)

Permite... Permite...

PATRIC.-

"Creer que me he ofrecido en holocausto a un gran amor y ver que, en este hogar, él es un cretino y ella una tonta, incapaz de dirigirlo y sostenerlo."

MARGA.-

Sería mejor, Patricia, que dijese que no nos querías.

PATRI.-

(Continuando, sin oírle)

... "Una tonta, que, cuando él está desesperado, le habla de los defectos de la criada o de la factura del albañil.

MARGA.-

¡Oh!...

PATRI.-

Y yo he llorado por vuestra vida mediocre y por mi vida truncada; por la inutilidad de mi sacrificio, por mi desventura

sin remedio...

(A Leverdon)

¿Es suficiente, señor? ¿Quería usted saber si yo tenía corazón? ¡Ya lo ha visto usted!

LEVER.-

(Suspirando)

Sí, señora; le pido mil perdones.

PATRI.-

Ya ha visto usted que lo tenía; pero le juro que no me queda nada.

LEVER.-

Todavía lo suficiente para mojar un pañuelo.

PATRI.-

Pero un pañuelo de mujer: ¡Es tan pequeño!

(Recobrando su energía)

¡Buenas noches!

(Sube por la escalera hasta el rollano, en donde se detiene.)

Todo lo cual no obsta para que declare que no dejé ni un dólar en esa caja.

(Mutis)

GODOF.-

(Después de una pausa)

¿Nos podemos ir también los demás?

LEVER.-

(Que se ha quedado con la vista fija en el sitio por donde salió Patricia.)

¿Por qué no? Ya es tarde. Pueden reti-

rarse a descansar.

GUILL.- Gracias.

(Se levanta)

Buenas noches, señores.

(Salida a todos con una inclinación de cabeza y se va por la escalera. Godofredo le imita sin saludar a nadie.)

MARGA }
NARTU }.- ¡Buenas noches!.

CARLOS.-

(Va a Nartuby y le estrecha la mano.)

Que descansen ustedes.

(Al volverse para saludar a Margarita, que está detrás con Elena, tropieza con ella.)

¡Ay!.

MARGA.- ¡Perdón! ¿Le hice daño?

ELENA.-

(Riendo)

¡Es el brazo del fontanero!.

CARLOS.- ¡Por favor!...

(Desaparece rápidamente por la escalera.)

MARGA.-

(A Elena)

Todavía me dura el sofoco. ¡Esta Patri-

- cial!... No es buena, ¿eh?, no es buena.
- ELENA.- ¿La encuentras despreciable, precisamente cuando te dice que te quiere?
- MARGA.- Lo que ella lamenta es haberme querido.
- LEVER.- El amor es voluble, señora mía.
- NARTU.- Sí. Y el tiempo pasa y no averiguamos lo que nos importa.
- LEVER.- ¿Usted cree?
- NARTU.- Creo que me espera otra nochecita.
- LEVER.- ¿Llena también de hipótesis?
- NARTU.- Y de preocupaciones.

(A Margarita)

¿Vienes?

(A Leverdon)

- ¿Usted sabe dónde tiene su cuarto?
- LEVER.- Sí. Pero, con su permiso, me quedo aquí todavía. Quisiera reflexionar a solas.
- NARTU.- Está usted en su casa.

(A su mujer)

- ¿Vienes, sí o no?
- MARGA.- ¿No la pagarás conmigo, porque te ha dicho esa... ingrata que te quiso con locura?.
- NARTU.- Es curioso. De toda su perorata es lo

único que te emocionó.

(Ven hacia la puertecita)

Me ha llamado vulgar... ¿Y eso no te indigna?

(Saliendo)

¿Es que estás conforme con ella?

(Han hecho mutis. Elena ha comenzado a subir la escalera.)

ELENA.- Buenas noches, señor Leverdon.

LEVER.- Buenas noches, señora.

ELENA.- (Al llegar al rellano, se vuelve.)

"Capítulo XIX. Donde el detective Leverdon está hecho un verdadero lío"...

LEVER.- ..."Como nunca lo estuvo".

ELENA.- Usted creyó que, descubriendo a una persona que fuera capaz de una buena acción, descubriría al mismo tiempo al proveedor de la caja de caudales. Pero el éxito ha superado sus previsiones; porque ahora se encuentra usted ante dos, tres, cuatro corazones impresionables...

LEVER.- ¿Cuatro?

(Sonriendo)

Son más.

ELENA.-

(Intrigada y creyendo que
alude a ella.

¿Más? ¿Quién?

(Baja un par de escalones)

LEVER.-

Muy sencillo:

(Haciendo esperar el nombre)

El señor Martaby, por ejemplo. Un señor,
cuyo primer gesto es llamar a un detective
cuando encuentra su caja llena de dinero,
más bien parece un alma cándida. Ciertamente
que este dinero es hijo de padre desconocido;
pero, a los niños encontrados así, hay siempre
gentes dispuestas a reconocerlos. Y no es solo
el señor Martaby...

(Mirándola)

ELENA.-

(Sonriendo y terminado de
bajas.

Ya...

LEVER.-

Su esposa.

ELENA.-

¿Margarita? ¡Esa es boba nada más! ¿Qué
ha hecho de bueno en esta vida?

LEVER.-

No engañar a su marido, ¿le parece poco?
Y, además de la señora Martaby, está
también... la cocinera.

ELENA.- ¿Qué ha descubierto usted de bueno en la cocinera?

LEVER.- He visto su agenda. ¡Lleva sus cuentas al día!

ELENA.- (Riendo)

¡Todos son unos benditos de Dios!

LEVER.- ¿Y eso le extraña? No le oculto que, por mi oficio, no puedo sentir por la Humanidad una admiración desmesurada; pero, por lo mismo, estoy convencido de que, en el alma humana, no es todo negro. No; no es todo negro. Aún en las almas más sombrías hay siempre un rinconcito azul. Muchas veces no es muy grande, ¿eh?; pero sí lo suficiente.

ELENA.- (Irónica)

Algunas veces, -¿no?,- casi imperceptible.

LEVER.- Pero existe el rinconcito. Cuando no se le ve, es que su propietario hace todo lo posible por ocultarlo. Tiene vergüenza.

ELENA.- O, dicho de otro modo, no es oro todo lo que reluce.

LEVER.- Exactamente. Usted lo ve por sus amigos. Confusos, inquietos, furiosos porque se los descubren sus delicadezas. Y a buen seguro no se habiesen inquietado ante el descubrimiento de sus ignominias.

ELENA.- Cierito. ¡Cómo se ruboriza Gardoni!

LEVER.- Un moralista calificaría ésto de lamentable.

ELENA.- ¿Es usted moralista?

LEVER.- No; pero soy joven. Y cuando se entra en la vida, repugna un poco pensar que, en el camino, siempre hemos de encontrar basuras e inmundicias. ¿Por qué ocurre ésto? Porque, poco a poco, se han dejado triunfar demasiadas picardías. Y se sueña con el momento de poder decir a pleno pulmón palabras que, en nuestro siglo, sólo se musitan en voz baja: generosidad, desprendimiento, entusiasmo, amor... No son vanas quimeras. Si lo miramos bien, no hay tantos malvados integrales como parece. ¿En quién no podemos descubrir un poco de

bondad? ¿Y por qué no hemos de ensanchar más cada vez nuestro rincón azul? En el fondo, basta con...

ELENA.- ¿Con... qué?

LEVER.- (Mirándola)

Con tener una ilusión.

ELENA.- Son muy interesantes sus pláticas nocturnas.

LEVER.- (Sonriendo)

Son gratuitas.

ELENA.- Por desgracia, yo no las puedo aprovechar. Carezco de ese rincón azul.

LEVER.- Habría que verlo.

ELENA.- Gracias; pero yo jamás he sido buena.

LEVER.- Lo dice usted.

ELENA.- Porque es verdad.

LEVER.- Reconozco que, a primera vista, usted no parece simpática. Cuando se ríe con esa risa aguda, ¿quién tiene paciencia para fijarse en la belleza de sus dientes? No ríen: muerden. Y se clavan en el alma como puñales.

ELENA.- Parece que estoy oyendo a Patricia.

¿Ve usted como soy mala; como tengo

razón?

LEVER.- No, señora. Eso no prueba nada. Yo no digo que tenga usted un corazón que late para todo el mundo, como vibran esas campanitas, sensibles para todos los vientos.

ELENA.- Soy, por lo visto, la campana gorda, que necesita que el compañero se cuelga de su cuerda.

LEVER.- Esas son las que tienen el sonido más grave y mejor. Se puede ser, señora, egoísta con millares de personas y desinteresada con una sola.

ELENA.- ¿Y eso es ser bueno?

LEVER.- Es... no ser malo. Si usted no ha hecho en su vida una sola cosa estimable...

ELENA.- Desde luego.

LEVER.- ...Eso no quiere decir que no sea capaz de hacerla. Todo llegará; quizás no se ha presentado la ocasión.

ELENA.- ¿A mi edad?

LEVER.- Hay quien tiene la escarlatina a los cincuenta años.

ELENA.- (Ríe)

¡Bonita comparación!

LEVER.- Oiga usted otra: hay escritores que no demuestran el talento que tienen en la cabeza hasta que se quedan calvos como una bola de billar.

(Suavemente)

A su primer marido... ¿no le quiso mu-
ca?

ELENA.- ¿Lo ha dudado usted?

LEVER.- Perdón. El deber es una cosa y el amor
otra muy distinta.

ELENA.- Jamás le quise; es verdad.

Lever.- No me extraña nada.

ELENA.- ¿Le conocía usted?

LEVER.- No; pero usted me habló de su testamen-
to: le retira su herencia si usted se
vuelve a casar. Es una clase de celos
que no revela un alma generosa. Compre-
do que no haya usted amado a un hombre
así. ¡Cómo se aclara todo ahora! No:
usted no ha tenido jamás ocasión de ha-
cer algo noble. Usted ha sido una niña
rica y, por lo tanto, abandonada; se ca-
só con un hombre a quien no quería. ¿Y
después? Después no ha encontrado, para

hablar de amor, sino hombres como Hamilton, que es tanto como no decir ninguno. Los jóvenes de su mundo se guardan muy bien de hacerla la corte porque les asusta su viudez y su riqueza.

ELENA.- ¿Y a qué vienen esos cuentos de amor?

LEVER.- Le hablo de amor porque es lo que interesa a las mujeres. Y si usted, un día tuviese la tentación de una insigne locura, ¿acaso la podría resistir?

ELENA.- ¿Una locura? ¿Por... ejemplo?

LEVER.- Por ejemplo: un joven llega junto a usted y le dice: "Armuñese casándose conmigo".

ELENA.- (Riendo)

¡Jesús! Falta encontrar a ese joven audaz.

LEVER.- Por ejemplo... yo. ...

ELENA.- (Riendo más)

¡Qué locura!

LEVER.- ¡Esol.

ELENA.- No confundamos los géneros: estamos en la novela policíaca, no en la historia sentimental.

LEVER.- Son compatibles.

ELENA.- (Volviéndose con coquetería)

¡Buenas noches, caballero!

LEVER.- ¿Le molesta mirar cara a cara esa posible tentación?

ELENA.- De ningún modo; pero sería necesario un mínimo de verosimilitud. Por lo pronto, haría falta... cambiar de galán.

LEVER.- ¿Ah, sí?

ELENA.- ¿Cómo sentirme atraída por un hombre a quien conocí esta mañana?

LEVER.- Un hombre que esta mañana, en cambio, le recordó perfectamente muchas adorables fotos: "Elena Cantel en el golf"... "Elena Cantel sobre su caballo favorito"... "Una sugestiva "toilette" de Elena Cantel en el baile de trajes del Casino"... Lo curioso es que yo no guardo jamás ninguna revista; pero dá la casualidad de que conserve todas las que publican esas fotos; y es tanto más meritorio, porque mi cuarto es muy chiquito.

ELENA.- ¿Ha hecho usted eso?

LEVER.- "Capítulo XX. Donde el detective Lever-

don descubre... el fondo de su corazón".

ELENA.- ¿Es una burla?

LEVER.- Es una realidad. ¿Será realidad dicha-
sa? Eso no lo sabemos todavía.

ELENA.- No lo sabemos.

LEVER.- Para demostrar a usted que soy sincero,
le confesaré que esas fotos las guardé
siempre con evidente desagrado.

ELENA.- Eso ya tiene gracia.

(Interesada)

LEVER.- Me producían... ese efecto que hace to-
do lo agrio, lo ácido, lo estringente.
Más de una vez me dije: - "Pero esa chi-
ca, con un caballo de tan bonita estan-
pa, con un traje tan elegante, con un co-
llar de perlas tan digno de envidia,
¿por qué tiene ese gesto tan duro, ese
cara de tan pocos amigos? No me explico
ese gesto en un rostro tan bello! Tenía
la impresión de que había en usted algo
misterioso, inexplicable... Una de las
fotos, especialmente, me producía un
extraño efecto: aquella en que aparece

usted vestida de blanco, bajando las gradas de una iglesia.

ELENA.- (Un poco empujando)

¡Qué tonturía!

LEVER.- ¡Si supiera usted las veces que he ojeado esas revistas!

ELENA.- Bien; pero de eso a...

LEVER.- ¿A...?

ELENA.- ...al amor...

LEVER.- ...No hay más que un paso. ¿Lo daría usted?

ELENA.- ¡Oh!

LEVER.- No se lo recomiendo. Fijese bien en que esto que le ofrezco es una locura. ¡Una locura! Por lo pronto, no seré nunca rico: soy capaz de ganar, durante varios meses, muchos dólares; pero tendré seguramente largas épocas de inopia. En la mejor de las hipótesis, viviríamos alternativamente: abundancia, escasez, abundancia, escasez... No quiere esto decir que sea regular la alternativa. Debemos, pues, prever: abundancia, es-

casos, escasez, escasez... Y ni usted se asombraría al verme bajar al sótano por un saco de carbón, ni me admiraría yo de contemplar a usted fregando la vajilla.

ELENA.- (Levemente irónica)

¡Es sugestivo!

LEVER.- (Con convicción)

No es sugestivo. Hay que decir adiós al lujo, al confort, al "sleeping", al palacio, a las medias de cristal...

ELENA.- ¿A las medias de cristal también?

LEVER.- Yo no podré costearlas más que de hilo. Hay que despedirse de los placeres mundanos, de las diversiones, del dinero...

¡de todo! Y, a cambio de eso, nada, nada... Nada más que el amor. El idilio absoluto, el idilio perpétuo, juvenil, entusiasta... ¿Tentador, verdad?

ELENA.- (Irónica todavía, pero un poco emocionada.)

Locamente tentador...

LEVER.- Es pronto todavía... Me lo explico: es la primera vez que llega a usted el verdadero amor. De usted para mí, es lo único que merece todos los sacrificios. Porque hace falta que cada cual tenga su rinconcito azul... lo más grande posible, si no queremos perecer asfixiados. Pase usted revista a sus amigos: todos, -Patricia, el señor Cardon, el simpático Carlitos, el adusto señor Hamilton,- todos en fin, se sienten redimidos de sus pequeñeces o bajezas por un aliento de espiritualidad. Si, en realidad nuestro corazón fuese todo negro, no valaría la pena nuestra vida.

(Con vehemencia)

¡Y hay que vivir!

ELENA.- ¿Y no cree usted, señor... señor...?

LEVER.- ¿Es admirable! Está usted interesada y no sabe todavía mi nombre. Yo me llamo Pedro.

ELENA.- ¿Dice usted que estoy interesada?

LEVER.- Y emocionada. Su mirada dura se ha hecho transparente; las comisuras de sus la-

bios se han desvanecido;

(Tomándole una mano, pero
apoyando sus dedos en la
muñeca.

al pulso dice como está su corazón de
acelerado...

(Ella sonríe)

¿Lo ve usted?

(Bajo y muy cerca de ella)

Confíeselo.

(Ella sonríe otra vez)

¿Usted ha dado los cinco mil dólares?

ELENA.-

(Separándose de él y con son-
timiento.

¡Ah! ¿Era un lazo... un ardido?

LEVER.-

(Feliz)

¿Lo siente usted? ¡Cómo me entusiasma!
¡Pues, tranquilícese! No era un lazo,
Elena. Me tienen sin cuidado los dóla-
res y, frente a usted los había olvi-
dado. Porque tengo la impresión de que,
en este momento, estoy cerca de un te-
soro de muchos más quilates. Con toda
sinceridad le ofrecí mi trabajo honra-

do y mi pobreza. Contésteme "sí", y usted verá si se tomarle la palabra.

(Ella se aleja lentamente
(sin decir palabra. Al llegar al rellano de la escalera, se detiene, se vuelve
y sonríe.

ELENA.- Hasta mañana.

LEVER.- Buenas noches, Elena.

(Está él muy lejos de ella)

Pero, ¿me permitirá usted?...?

ELENA.- ¿Qué?

LEVER.- Un beso de despedida.

ELENA.- ¿Cómo?

LEVER.- (Sin moverse)

Un momento.

(Besa el dorso de su mano
(donde puso el trazo rojo
(de la barra de Elena.

"Rojo Cardenal" de Bigoudan.

(Ella ríe y sale. El pasea contento, hasta que se detiene, de pronto, ante
(la caja de caudales.

¡La caja!... Pues... es verdad. Todo esto es magnífico; pero... ¿quién colocaría ahí los doscientos veinte mil

francos? Serenidad y un poco de reflexión. Y, para reflexionar bien, que nada nos perturbe.

(Apaga la luz. Queda la estancia iluminada solamente por una vaga claridad que viene del jardín. Leverdon se sienta en una butaca y murmura:

Dos cosas me obsesionan: la llave y la cinta. Porque la llave...

(Pausa)

Porque la llave...

(Se va quedando dormido. Otra pausa. Suavemente, se abre la puerta del jardín. Una sombra penetra en la estancia y se dirige hacia la caja de caudales; pero tropieza con la mesa que hay delante y la derriba.

LA SOMBRA.—

(En voz baja y con viva con-
trariedad.

¡Por vida de...!

(Leverdon que ha despertado al ruido que ha producido la mesa al caer, se lanza sobre la sombra y lucha con ella. El estrépito ha alarmado a los demás ocu-

(pantes del hotel, que acuden a ver lo que pasa: MARTÍN, por la puertecita, encendiendo la luz; detrás de él, llega MARGARITA. Por la escalera, más o menos vestidos, ELENA, PATRICIA, GODOFREDO, GUILLERMO y CARLOS.

TODOS.-

(Al mismo tiempo)

¿Qué ha sido eso? - ¿Qué ocurre? - ¿Luchan? - ¡Es el detective! Pero, ¿con quién? - Etc.

EL HOMBRE.-

(Que he caído a tierra)

Ya está bien. ¡Ya está bien!

MARTÍN.-

¡Si es el cartero!

MARGARITA.-

¿El cartero aquí?

LEVER.-

(Mirando al hombre)

¡Ahora lo comprendo todo!

(Al Cartero)

¡Quieto ahí!

EL CARTERO.-

¿Y qué hacer?

LEVER.-

(Sentado encima del cartero, que permanece en el suelo.

Das cosas no me explicaba yo: la llave, que no había quedado en la caja, y la cinta del paquete de cigarros, que to-

nia un extremo agujereado. Dos cosas que ahora lo explican todo.

(Dirigiéndose al cartero, pero siempre sentado sobre él.)

Tú me dirás si me equivocó o no. Este hombre había robado cinco mil dólares.

EL CARTERO.- Eso, sí. Pero aquí, no.

LEVER.-

(Cortándole)

Poco importa ahora. Tenía que guardarlos; pero no se atrevía a tenerlos en su casa ni a llevarlos encima. ¿Dónde los podía ocultar?

EL CARTERO.- Pensé al principio enterrarlos junto a un árbol; pero en los sitios desiertos siempre suele haber gente.

LEVER.-

¡Bien observado!

(Pausa)

Pasó anoche por aquí, vió a Ana, charló con ella y advirtió que estaba abierta la caja de caudales. ¡Qué idea! Para guardar un dinero, no hay nada tan seguro como una caja de seguridad.

GODOFREDO.- Por lo menos, para eso han sido inventadas.

LEVER.- Conocía bien las costumbres.

(A Nertaby)

Sabía que usted sólo estaría aquí muy pocos días. Lo demás es sencillo: no hizo sino esperar a que todo el mundo estuviese acostado; entrar aquí, abrir la caja, quitar la llave, meter el dinero y, "¡clac!", automáticamente cerrar la puerta. ¡Quién podía suponerse que aquí quedaban cinco mil dólares robados! En cuanto ustedes marcharan, él volvería tranquilamente a buscar su dinero en la caja, que, -como estaba sin llave,- usted no habría podido abrir.

(Al Cartero)

¿Exacto?

EL CARTERO.- Sí, señor.

LEVER.-

(Levantándose)

Pero el cartero no había previsto una cosa: que usted hubiese metido antes en la caja el paquete de cigarrillos, atado con esta cinta, que colgaba; y cuando él creyó encajar la puerta, no se fijó en que el extremo de la cinta impi-

dió que encajara la cerradura.

(Ensena la cinta aguijada)

TODOS.-

(Con un murmullo)

¡Oh!...

LEVER.-

Si ha vuelto hoy, sin esperar a la marcha de ustedes, ha sido porque una atroz inquietud le ha reconido todo el día: ha recordado que no oyó que la puerta encajara.

(Haciendo levantar al cartero.)

¡Vámonos! ¡Levántate! Ya has hecho tu muerte.

(A Martaby)

Señor Martaby: nos habíamos equivocado. No era una buena acción de nadie; era el robo vulgar de un desgraciado.

GODOF.-

¡Natural, señor! ¡Natural!.

LOS DEMÁS.-

(Casi al mismo tiempo)

¡Se comprando todo! - ¡Para qué buscar cosas inverosímiles? - ¡Lo que se ve! - ¡Después de todo lo sospechado! - ¡Señor, Señor! ¡Qué cosas pasan! -

LEVER.-

(Que sujeta por un brazo al cartero, con el que se dispone a salir por el foro.)

¡Chsst!

(A todos)

No se arrepientan de sus bondades, de
sus corazones generosos. Buenas noches,
calores.

(Saluda y arrastra hacia sí a
al detenido.

NARTU.-

(En primer término, reflexio-
nando.

Lo peor es que habrá que devolver los
cinco mil dólares...

T E L O N



CARMEN MORENO
COPIAS TEATRALES
MURCIA, 26 Teléf. 77488
M A D R I D